

Los días que estamos viviendo

Hasta hace no muchas décadas, el mundo occidental aceptaba como normal que los principios cristianos fuesen tenidos en alta estima como fuente de estabilidad para la sociedad. Por siglos, jamás se puso en duda, por ejemplo, el modelo de familia emanado de las propias palabras de nuestro Señor Jesucristo y de la Biblia en su conjunto.

El cambio cultural, que partió sutilmente a través de la filosofía y otras expresiones humanas, se ha ido imponiendo con fuerza en el mundo contemporáneo, y son los jóvenes el primer blanco de esta revolución.

La fe cristiana partió como un anuncio ferozmente combatido; sin embargo, su influencia se expandió a todo el mundo. Hoy, la situación es muy distinta, pues se percibe una decadencia del cristianismo histórico, cuya proyección en la sociedad se ha hecho cada día más irrelevante.

Necesitamos con urgencia aprender a predicar el evangelio a un mundo hostil a la fe. Sin una preparación idónea, no sabremos dar respuesta inteligente, sabia y contundente a quienes demanden razón de nuestra esperanza.

Damos gracias al persistente trabajo del bendito Espíritu Santo, que sigue hablando al corazón de los creyentes, capacitándonos, no para mejorar la sociedad, sino para ser luz y sal a este mundo en tinieblas, y preparándonos también para el magno evento del retorno de Cristo en gloria y majestad.

EVANGELIO

Una invitación a participar de la plenitud de la gracia y de la gloria de Dios provistas en Cristo Jesús.

Jehová-Jireh

Henry Law

“Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová-Jireh (Jehová proveerá). Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto” (Gén. 22:14).

La fe es la estrella más brillante en el firmamento de la gracia. Su origen es muy alto, pues ha nacido en el cielo. Su hogar, no obstante, es muy humilde, pues habita en la tierra, en los corazones de los redimidos. Las obras de la fe son poderosas, porque ella convence a Dios, y derrota al pecado y a Satanás.

El don de la fe

La fe derriba aparentes dificultades; sobrepasa toda clase de obstáculos; cruza rápidamente mares de problemas; equipa al guerrero cristiano para el combate, dándole un escudo para defenderse y una espada para atacar. La fe puede leer la mente de Dios. La fe hace que Jesús sea el Rey de nuestro hombre interior. La fe enciende y alimenta la llama del amor, y abre los labios en oración y alabanza. La fe vivirá hasta que los portales de luz se abran a su contacto, y morirá cuando vea al Señor cara a cara.

Siendo así, ¿no deberíamos ansiar este don precioso? ¿No deberíamos usarlo para nuestro bien? ¿No deberíamos buscarlo como si fuese el mejor tesoro? Si tienes este deseo, ven conmigo y examinemos el poder de la fe en uno de los pasajes más nobles de la edificante vida de Abraham; y que el Espíritu Santo nos acompañe con sus amorosas enseñanzas, para que lleguemos a ser herederos de la fe y bendición de aquel gran siervo de Cristo.

Dios reparó en Abraham cuando éste estaba hundido en el pecado. Hizo que se apartara de adorar a ídolos de piedra y madera, para que viese la luz de la vida. Después, el Señor le habló con frecuencia en dulce comunión, desplegando ante sus ojos las inescrutables riquezas de la redención. También le prometió que el Salvador que había de venir adquiriría naturaleza humana a través de la familia del patriarca.

Sin embargo, las esperanzas de tener descendencia eran nulas. Pero el Señor habló, e Isaac vino al mundo. Después de tales milagros, y tan maravillosas promesas, cumplidas de manera no menos maravillosa, *«pro-bó Dios a Abraham»* (Gén. 22:1). Dios mandó una dificultad para probar la realidad y fortaleza de su fe.

La fe puesta a prueba

Una fe sin ser puesta a prueba y sin ser sondeada, es una fe incierta. Se conoce la calidad de un metal por lo que puede hacer y resistir. El valor del soldado se pone de manifiesto en el campo de batalla. La roca que no se mueve a causa del oleaje, manifiesta estar firme. Los fundamentos de una casa son buenos si el edificio no se conmueve con las vibraciones.

Pero las pruebas hacen algo más que investigar la profundidad de la fe. Su otro objetivo es consolidarla e inyectarle vigor. Un tendón, sometido a un frecuente esfuerzo, se hace más fuerte; y el corredor que se prepara mucho es el que gana la carrera.

Lector, si tú eres un participante de este bendito don, no te extrañes si tienes que enfrentarte a la corriente de olas contrarias. Es algo necesario, justo y bueno. El resultado será una cosecha más rica, si cabe, de certeza y bienestar. *«Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas»* (Stgo. 1:2).

La fe de Abraham

La prueba que la fe de Abraham tuvo que resistir fue realmente dura. Él tenía un hijo que era su alegría, y señal del favor de Dios. Pero, de repente, aquella voz que otras veces había hecho arder su corazón, le llena de un hielo profundo: *«Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré»* (Gén. 22:2).

¿Le engañaban sus oídos? Sus mejores esperanzas quedaban arruinadas. Aquella promesa, más preciosa que la vida, se marchitaba como una planta enferma. El conducto de corriente redentora había quedado obstruido. Pero Dios ha hablado, y esto es suficiente. El mandamiento viene del cielo, de forma positiva y clara. No puede estar equivocado. Isaac puede morir; pero la fe, no.

La fe sabe que Dios posee todo el poder y la sabiduría; y que en él *«no hay mudanza ni sombra de variación»* (Stgo. 1:17). Cuando la vida se ve envuelta en nubes y tinieblas, surge, como una aurora, una palabra de amor y un propósito bienhechor. Por ello, Abraham se levantó temprano, pronto a cumplir la voluntad divina.

Obediencia inmediata

Este ejemplo nos enseña que la obediencia inmediata es la mejor sabiduría

Una fe sin ser puesta a prueba y sin ser sondeada, es una fe incierta. Se conoce la calidad de un metal por lo que puede hacer y resistir.

ría. Dios te habla claramente en la Biblia, mostrándote el único camino de la vida. Dios te llama para que, por fe, le ofrezcas el sacrificio de un Cordero sobre un altar. Levántate pronto y obedece, porque el retraso es la red más sutil que Satanás pueda tender. Habrá muchos en el infierno que llorarán por la vacilación que les llevó a su triste situación. Ellos esperaron, pero la muerte no esperó. Los mandamientos que se desoyen se convierten en el camino más rápido hacia el infierno.

Abraham viajó tres días camino de la montaña indicada. Este largo espacio de tiempo era oportunidad sobrada para que la incredulidad intentara disuadirle. Era mucho tiempo para que el corazón de aquel padre pudiera resistirlo. Al mirar a su hijo, él se sentía invadido por la angustia; pero, al volver su mirada a Dios, una paz infinita le embargaba.

La fe es un don que persevera y no titubea nunca. Su firme asidero es la Palabra. No obstante, hasta la fibra

más honda del sentimiento se debe sentir tocada por la sencilla pregunta del confiado Isaac: «Padre mío, he aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?» (Gén. 22:7). Es imposible explicar la angustia de aquel momento.

Los caminos de Dios

«Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío» (Gén. 22:8). Aquí vemos la fe en su forma de simple confianza y actuando según su único propósito. No se tambalea. Su posición es como la de un gigante sobre la tierra, cuya cabeza traspasara los cielos y contemplase a Dios. La fe deja el tiempo, el lugar, los medios, el método, todo, en las manos de Dios. Y así va avanzando, sabiendo que los caminos de Dios llevan a la gloria de Dios.

Todo sucedió rápidamente: Isaac quedó atado y puesto sobre el altar. La mano se extendió para coger el cuchillo. El último momento había llegado. Pero el postrer instante es el momento adecuado para recompensar la fe con paz y victoria. La voz que antes ordenó, ahora prohíbe. Aquel que había dicho: «Toma ahora tu hijo», detiene la tragedia diciendo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho» (Gén. 22:12). Éstos son los caminos maravillosos de Dios. Su palabra se cumple. La fe triunfa. Las pruebas no hacen sino confirmarla y agrandarla.

El patriarca empieza ahora una vida de gozo celestial. Porque la alegría del nacimiento de Isaac no es nada comparada con la de su resurrección. El amor de Dios se manifiesta más en esta restauración que en su primer don. Pero esto no es todo: aquel lugar quedó como un monumento para alentar a los fieles de otras generaciones. *«Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová-Jireh (Jehová proveerá). Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto»* (Gén. 22:14).

La completa provisión de Dios

Este recuerdo proclama la provisión completa que Jesús presenta a su pueblo. Él los ama, los cuida y los enriquece. Estas páginas se escriben con el objeto de que hagas de aquel lugar tu rincón predilecto cada día. Puedes estar seguro de que aquí hay plena abundancia para este tiempo y para la eternidad; abundancia para el cuerpo y el espíritu en todo momento imaginable.

Sé muy bien que tu pobreza es profunda, que estás en muchos peligros, y que tus fuerzas son muy escasas. Pero, a pesar de todo, eres rico y estás a salvo, y eres fuerte, porque Jesús cambia tus cisternas rotas y vacías, por fuentes desbordantes. Cuando sientas que el peso de tus pecados es intolerable, y que te hundes hasta lo profundo del abismo, ve a

Jehová-Jireh. Jesús proporciona allí el alivio necesario. Su brazo es el brazo del Omnipotente. Con su mano poderosa, él coloca toda tu culpa sobre sí mismo, y la lleva lejos, donde no puede ser hallada.

Cuando quieras estar seguro de que tu deuda está pagada y de que todo el castigo se ha cumplido, ve a Jehová-Jireh. Jesús se ha hecho carne y ha venido a ser tu mejor sustituto, para que con tu naturaleza, y en tu lugar, él lo pague y lo sufra todo.

Cuando tu alma tiemble y se estremezca, como una paloma entre halcones crueles, ve a Jehová-Jireh. Jesús da ayuda en cada dificultad, poder en cada quehacer, protección en cada tormenta. Su voz declara con seguridad: *«Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe»* (Is. 27:3).

Del mismo modo que el sol está lleno de luz y el océano de agua, así también Jesús tiene abundancia de todo don necesario. Es como un árbol cargado de fruto en toda época del año. Siempre que nos acercamos, él tiene fruta madura al alcance de la mano, que es la fe. La gracia que él da se aplica a cada necesidad. En el momento del trabajo, su gracia se adapta a éste, y así lo hace con nuestras luchas, con la oración, con el sufrimiento y con la misma muerte.

Hay gracia para la prosperidad y para la adversidad; gracia para la vida pública y privada; gracia para los que gobiernan y para los que obedecen; gracia para la infancia, para la madurez y para la vejez; gracia para la salud, y para la enfermedad y el dolor. Cuando el Padre dio a Jehová-Jireh a la iglesia, dio un don que lo contenía todo: *«El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?»* (Rom. 8:32).

Una invitación

Lector, quisiera preguntarte solemnemente si has buscado a Jehová-Jireh. ¿Es Jesús el Rey y dueño de tu corazón? Si es así, haz lo posible por conocer tu gran posesión; gózate y vive en ella. No malgastes tu dinero en lo que no satisface. Come del manjar que está ante ti, para que tu alma se deleite en abundancia. No te quedes en una choza sufriendo penurias,

cuando su rico palacio te invita a entrar. No te apoyes en un bastón roto, teniendo tan cerca la Roca eterna para sostenerte.

Podiera ser que algún pecador oyera de esta gran abundancia y exclamase: «¡Oh, si pudiera yo participar de esos benditos manjares! Mientras que otros se deleitan, yo muero de hambre». Amigo, ¿y por qué es eso? ¿Por qué no puedes disfrutar de ese fértil valle? Es porque estás muy lejos de Jehová-Jireh, y porque hay muchas barreras que te impiden el paso. Pero las Escrituras proclaman que aún hay lugar; y el mismo Jesús se acerca a la puerta de tu corazón y llama.

En estas líneas que tienes ante ti, te pido que le abras. ¿Vas a tardar o a rehusar? ¿Por qué prefieres ser pobre y miserable ahora y por la eternidad, si Jehová-Jireh te invita a participar de la plenitud de la gracia en esta vida, y de la gloria en la futura?

De El Evangelio en el Génesis

De rodillas

En una carta publicada después de su muerte, el poeta inglés Robert Browning (1812-1889), citó varias declaraciones de hombres de talento concernientes a la fe cristiana. Entre ellas, la del literato Charles Lamb (1775-1834). En una diversión con algunos amigos, éste preguntó cómo se sentirían ellos si alguna de las grandes personalidades del pasado apareciese súbitamente en aquel lugar. De pronto, alguien agregó: «¿Y si Cristo entrase en esta sala?». En ese mismo momento, Lamb cambió su actitud burlesca, y tartamudeó: «Si Shakespear entrara, deberíamos ponernos de pie; si Cristo apareciese, deberíamos arrodillarnos».

Tomado de la Web

TEMA DE PORTADA

Hoy, espíritus engañosos promueven falsas enseñanzas que perturban la obra de Dios.



La apostasía y la difusión del engaño

Luiz Fontes



Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición”.

– 2ª Tes. 2:1-3.

El Espíritu Santo nos dice que los días previos al regreso del Señor serán marcados por dos grandes eventos. Si examinamos la Palabra con cuidado, veremos que faltan solo veinte profecías para cerrar todo el canon. Muchas de ellas se cumplirán después de Su venida. Pero aquí hay dos: la apostasía y la manifestación del anticristo. Una de ellas, la apostasía, ya está presente.

La última fase de la obra de Dios

Estamos viviendo el tiempo de una terrible apostasía. Esta palabra, en el texto original, significa «abandono de principios». Da la idea de retroceder. Debemos mirar esto con sumo cuidado,

porque estamos en un momento crucial de nuestra jornada cristiana, y necesitamos la ayuda del Espíritu Santo para ejercitar, sobre todas las cosas, el don de discernimiento de espíritus. El enemigo sabe muy bien cómo engañarnos, cómo distraernos, cómo robar nuestro foco, cómo diluir los fundamentos espirituales.

Hoy vemos muchas de estas cosas ocurriendo entre nosotros. En 1ª Timoteo 4:1-2, hallamos otro rasgo que caracteriza esta apostasía. *«Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo caracterizada la conciencia...».*

«Pero el Espíritu dice claramente». Algunas versiones traducen: *«expresamente».* No es que el Espíritu Santo esté hablando algo claramente por palabras, sino que es algo expreso, urgente.

«...en los postreros tiempos». Bíblicamente, esta frase tiene una profunda connotación espiritual. Ella se refiere de manera estricta a la última fase de la obra de Dios, al periodo que antecede al regreso del Señor Jesús. En algunos pasajes, según el contexto, es una referencia a estos últimos 2000 años, pero, estrictamente hablando, está apuntando al último periodo antes del retorno del Señor.

tamente hablando, está apuntando al último periodo antes del retorno del Señor.

Espíritus engañadores

«...algunos apostatarán de la fe». Apostatar significa retroceder. *«...escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios».* La frase *«espíritus engañadores»*, en una versión alternativa de la Biblia, habla de *«ilusiones demoniacas enseñadas por profesionales de la mentira».* Eso es muy fuerte.

La segunda característica de la apostasía es la diseminación del engaño doctrinal. Necesitamos comprender la naturaleza de este engaño. *«...por la hipocresía de mentirosos»* (v. 2). La hipocresía es la primera característica de la falsedad doctrinal. La palabra hipocresía habla de la actuación de un artista de teatro, una persona simulada.

El Espíritu Santo está diciendo que hay un espíritu de engaño, de mentira, detrás de muchas enseñanzas. Debemos ser cuidadosos en este tiempo. Existen muchos espíritus engañadores intentando atraer al pueblo de Dios. Hay mucho engaño esparcido, muchas sutilezas y distracciones, que impiden que nosotros descubramos el ardid. Muchas veces, los fundamentos son cambiados, y no nos damos cuenta.

Los fundamentos de la fe

Al leer la palabra de Dios, vemos que la Biblia siempre pone los fundamentos en orden. Por ejemplo, desde Mateo 16:13 en adelante, el Señor pone cuatro fundamentos: Cristo, la iglesia, la cruz y el reino. Para entender toda la exposición de la doctrina, ése es el orden: primero, Cristo, su persona, su doctrina y obra; después, la iglesia, su carácter y vocación; luego, la Cruz, desde un aspecto eterno, como principio en Dios, y la cruz en la cual nuestro Señor Jesús murió por nosotros, consumando su obra.

Por último, tenemos que entender el camino de la cruz, en lo que respecta al reino sobre nuestra vida; cómo debemos entender la vida cristiana teniendo el corazón vuelto hacia este Rey y este reino.

Y después, tenemos que ver el reino en una esfera futura, como está en Apocalipsis capítulo 20, que encuentra el fundamento especialmente en las enseñanzas de Cristo y los apóstoles. En los capítulos 21 y 22 de Apocalipsis, tenemos la esfera eterna del reino. Entonces, tenemos aquí este orden doctrinal.

La centralidad de la Palabra

Otro ejemplo: *«Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la co-*

munión unos con otros, en el partimiento del pan y las oraciones» (Hech. 2:42). Aquí tenemos, de nuevo, un orden en los asuntos prácticos, el cual no puede ser alterado. Ya hablamos sobre los fundamentos doctrinales; ahora se trata de fundamentos prácticos. Primero, la Palabra. Ella debe tener la preeminencia en la vida de la iglesia.

¡Cómo el enemigo ha intentado quitar la centralidad de la Palabra! Eso es visible entre nosotros. No tenemos el mismo amor por la Palabra como aquel que damos a otras cosas. Por ejemplo, en el momento de los cánticos, cuando estamos adorando, tenemos alegría, gozo, una expresión de amor; nos emocionamos, alzamos nuestras manos y nuestras voces.

¡Qué bueno es adorar al Señor! Pero no tenemos el mismo corazón cuando estamos recibiendo la Palabra. Somos fríos en nuestras expresiones. Muchas veces, nuestra mente cuestiona, filtrando lo que quiero y lo que no quiero recibir. A menudo, nos impresiona el conocimiento, y no la vida. Somos indiferentes a la Palabra. Esa es la triste causa de la apostasía presente, del fracaso de nuestros relacionamientos. Esta es la figura que vemos en 2 Reyes capítulo 22: la palabra de Dios entre escombros.

Necesitamos ser honestos en esto. No tenemos la misma disposición con la Palabra. Si buscamos en los últimos retiros, ¿que hemos recibido? ¿Qué avance práctico ha habido en nuestra vida personal y congregacional? Al oír la Palabra, no logramos concentrar nuestra mente y corazón como cuando cantamos.

Este es un asunto serio. Satanás sabe muy bien cómo distraernos, desviando nuestro foco de aquello que es esencial. No existe nada que exprese mejor nuestro amor a Dios que poner su palabra en primer lugar. Nuestra adoración no es una acción, sino una reacción a la palabra del Señor.

«El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan 14:23). La palabra *guardar* significa poner en alto. El sentido es de estima. Es como si tú tuvieses algo muy precioso y lo quitas de la vista de todos, para guardarlo con mucho cuidado y celo.

Eso es lo que nuestro Señor está diciendo. «Si alguien me ama, tendrá celo por mi palabra». Eso tiene una respuesta de Dios: su amor es derramado en nuestro corazón, y el Espíritu de Dios, el Espíritu de habitación, trae el tabernáculo de la Trinidad adentro de nosotros.

Piensen en la grandeza de esto. Nuestro problema no está en la alabanza en sí; sino en la reacción, la manifestación, la apreciación y la expresión de la Palabra. Necesitamos considerar esto. Nosotros no tenemos una respuesta de gozo y de alegría. En muchos lugares, cuando la predicación concluye, un hermano pasa adelante, y dice: «Amén, hermanos, vámonos». Esto es extraño. Yo me quedo preguntando qué fue realmente lo que ocurrió. ¿Cómo es que hemos despreciado la palabra de Dios?

La dirección del Espíritu

Fue el Espíritu Santo quien inspiró a Lucas a escribir: *«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones»* (Hech. 2:42). Este orden no puede ser alterado. Debemos ser muy cuidadosos, porque Satanás ha trabajado para invertir el orden de las cosas. Damos más énfasis a la iglesia que a Cristo, más énfasis al programa y al entretenimiento que a la dirección del Espíritu Santo.

Necesitamos descubrir cuál es la dirección del Espíritu, no cuál es el programa que tenemos para la iglesia. Necesitamos entender que la alabanza es una reacción a la palabra de Dios, una reacción a la gra-

cia, al amor y a la misericordia de Dios. Necesitamos poner las cosas en el lugar adecuado. No podemos colocar nuestro trabajo, nuestras obras, por delante de la Palabra.

Es por la Palabra que el Espíritu Santo trae la dirección a todo servicio. Cuidemos no invertir las cosas, porque eso es lo que el enemigo quiere. Son espíritus engañosos, son profesionales de la mentira, usados para engañar y para distraer, para debilitar aquello que es esencial. Y, cuando menos lo esperamos, hay un rastro de muerte espiritual dentro de la asamblea.

Enseñanzas falsas

«Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amonantarán maestros conforme a sus propias concupiscencias» (2ª Tim. 4:3). Hay una versión alternativa, muy interesante: «Descubrirás que, de aquí a un tiempo, el pueblo ya no tendrá estómago para una enseñanza sólida; sin embargo, se alimentarán de un alimento espiritual descompuesto, mensajes cautivantes que combinan con sus fantasías. Ellos volverán la espalda a la verdad y la cambiarán por ilusiones».

«Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que intro-

ducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina» (2ª Pedro 2:1). Consideren estos textos, porque es justamente lo que está ocurriendo en nuestro tiempo. Hay espíritus engañosos, profesionales de la mentira, que están predicando mensajes superficiales, llevando al pueblo a abandonar la Palabra.

Hoy, las personas ya no tienen un espíritu de concentración en torno a la Palabra. Somos una generación cautivada por el ver, y no por el oír. Hoy, casi todos dan mucha más importancia a lo que ven, que a lo que oyen. La forma en que funciona la tecnología del mundo ha destruido en las personas la capacidad de oír. Estamos perdiendo la capacidad de contemplación.

El Señor, por su Espíritu, concluye sus cartas a las siete iglesias diciendo: *«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»*. Estamos perdiendo la capacidad de oír.

«La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Rom. 10:17). La fe no viene por el ver, sino por el oír. El enemigo está destruyendo esto; por eso, muchos que exponen la Palabra están más preocupados en entretener. Y cuando termina una reunión,

se oye decir: «¿Viste?», en lugar de: «¿Oíste?». Esto es muy serio.

Hay una terrible estrategia que Satanás está usando entre nosotros. Pablo dice que estas personas sienten «*comezón de oír*». Una traducción alternativa dice: «deseo de oír algo agradable».

Profetas y maestros

Necesitamos con urgencia que, desde los cielos, Dios venga e irrumpa con su Palabra, como una trompeta, y toque nuestros oídos, para quitar toda obstrucción, toda suciedad, para que su Palabra entre y produzca entre nosotros la transformación, la obra necesaria.

Si nuestros ojos están buscando un foco diferente, es señal segura de que estamos perdiendo la visión celestial. La visión fue dada a Pablo cuando él quedó ciego. Él oyó una voz. La visión entró por el oído. Que el Señor hable a nuestros oídos en este día. Que su Palabra penetre como una espada en nuestros oídos y alcance nuestra mente y nuestro corazón, ayudándonos a despertar en este momento.

Necesitamos profetas y maestros. ¿Quiénes son ellos, en estos días? «*Cuando se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí acampaban los hijos de Israel ...*

¿Cuál es el papel de los profetas y maestros? Mirar a la nube, discernir el movimiento celestial.

Que Dios levante entre nosotros profetas y maestros que sean como la boca de Dios, para despertar la iglesia y traerla de vuelta a su llamamiento, para inspirar en ella su verdadera vocación, para que ella sea la expresión del verdadero testimonio de Dios en la tierra. Debemos entender que vivimos tiempos peligrosos. Estos tiempos no son para el futuro; son los días de hoy.

Cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza de Jehová, y no partían ... Y cuando la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, o cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado un día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían» (Núm. 9:17, 19, 21).

«Jehová habló a Moisés, diciendo: Hazte dos trompetas de plata; de obra de martillo las harás, las cuales te servirán para convocar la congregación, y para hacer mover los campamentos» (Núm. 10:1-2).

Prestemos atención a estos textos. Sobre la congregación de Israel había una nube que se movía. Ellos no sabían el momento en que ella se movería. Aquello ocurría de forma repentina. Entonces, ellos debían seguirla. A veces se desplazaba de noche, a veces de día; siempre, la nube se estaba moviendo de una estación a otra. Sabemos que, en esos cuarenta años, se trasladó en cuarenta y dos ocasiones.

El sonido de la trompeta

¿Qué hizo Dios para ordenar aquel movimiento? Ordenó a Moisés que hiciese dos trompetas de plata. Números capítulo 10 habla de forma específica sobre el orden de la marcha. El pueblo de Israel había salido de Ramesés, en Egipto, y durante tres meses, ellos peregrinaron, hasta llegar al monte Sinaí, donde permanecieron tres años.

Aquí están los días finales del tiempo que ellos estuvieron en el monte Sinaí. Ahora, ellos van a marchar desde el monte Sinaí. Dios estableció un orden para que las tribus partieran. Esas marchas deberían estar

de acuerdo con el movimiento de la nube. Pero ellos no tenían que mirar a la nube. Dios puso a dos trompeteros. Los israelitas tenían que escuchar el sonido de las trompetas, y cuando éstas sonaban, todos sabían que debían partir.

El rol principal de los trompeteros era mirar la nube. Ambos estaban siempre atentos a los cielos. Al percibir que ella se estaba moviendo, tocaban la trompeta, y el pueblo se aprestaba a salir. Aquellos dos trompeteros son figura del ministerio de los profetas y maestros en el Nuevo Testamento.

Hombres que miran hacia lo alto

«Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros ... y dijo el Espíritu Santo» (Hech. 13:1-2). El Espíritu Santo siempre hablará en un ambiente donde hay profetas y maestros. ¿Cuál es el papel de los profetas y maestros? Mirar a la nube, discernir el movimiento celestial.

«No vemos ya nuestras señales; no hay más profeta, ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuándo» (Sal. 74:9). Esto es una gran advertencia. Si nosotros no tenemos señales, no tenemos profetas, no sabremos a qué hora de la noche estamos. ¿Quiénes son estos dos trompeteros? Son aquellos que expresan el

ministerio de la palabra: profetas y maestros, hombres que miran hacia lo alto.

Ilustremos esto con otra porción de la Palabra. En Hechos capítulo 6, hubo una primera crisis en la iglesia primitiva, un asunto de asistencia social. Algunas hermanas viudas no estaban siendo atendidas. Eso traía inestabilidad emocional y espiritual. Entonces, los apóstoles se levantan para resolver la cuestión.

El Espíritu Santo trajo dirección, y ellos concluyeron diciendo: *«No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra»* (Hech. 6:2-4)

La mayor carencia hoy es que haya hombres que se dediquen a la oración y a la palabra. Una vez más, reiteramos: No inviertan las cosas, no pongan la palabra antes que la oración. Lo que trae la palabra celestial del corazón de Dios al corazón de su iglesia, no son los libros ni las herramientas, sino la oración.

La oración es la fuente del conocimiento espiritual, de la enseñanza y

de la profecía. Los trompeteros, profetas y maestros, tienen que mirar hacia el cielo, no a los libros, ni a sus propios recursos. Éstos tienen su lugar y su valor; pero la palabra surgirá de la comunión con Dios, de los movimientos celestiales.

La Palabra no es nuestra, sino de Dios. Quien desea hablar con la iglesia es él. Dios conoce la necesidad de su pueblo; él ve lo que nadie ve. Su palabra entra donde la mente más hábil no logra hacerlo. Debemos entender que la única forma en que Dios impida que ese ministerio de la mentira y las doctrinas falsas encuentre cabida entre nosotros, es que haya profetas y maestros.

Necesitamos ir a los pies del Señor y orar: «Señor, levanta profetas y maestros, trompeteros espirituales, que estén mirando al cielo, para que tú hables a tu iglesia, disipando las tinieblas, para que haya liberación de nuestros oídos y nuestras mentes, para que todo engaño, toda falsificación y toda forma de entretenimiento sean lanzados fuera, y tú puedas prevalecer sobre nosotros, por medio de tu Palabra».

Rasgos del engaño doctrinal

La primera marca del engaño doctrinal es la hipocresía. *«...por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...»* (1ª

Tim. 4:2). La hipocresía es la simulación que ha surgido en medio de muchas asambleas, produciendo engaño y mentiras destructoras.

La segunda característica es la mentira. El versículo 2 habla de «*mentirosos*». El término original señala a aquel que enseña falsedades. En los postreros tiempos, espíritus engañosos usarán a hombres con un mensaje caracterizado por la hipocresía y la mentira. Estos espíritus engañosos promueven falsas enseñanzas que deforman el crecimiento cristiano e impiden el avance de la iglesia.

En 2ª Timoteo 3:8, Pablo habla sobre Janes y Jambres. Cuando el pueblo de Israel estaba por salir de Egipto, aparecen estos falsos profetas. Cuando Dios usaba a Moisés para obrar grandes señales, un espíritu maligno poseía a estos hombres, que hacían milagros imitando el poder de Dios. Sin embargo, mientras los milagros de Dios tenían como propósito sacar a su pueblo de Egipto, los milagros engañosos de Janes y Jambres intentaban retener al pueblo en territorio egipcio.

Presten atención al grado de sutileza de estas cosas. Todo lo que el Señor está haciendo en la iglesia, aun la prosperidad material, no es para que afirmemos nuestras raíces en la

tierra, sino para que todo ello, de alguna manera, sea usado por el Señor ahora a fin de que nosotros podamos salir de este mundo.

Honrando al Señor

Nosotros no tenemos el derecho de usar las bendiciones de Dios para asegurar nuestras raíces en este mundo. Con certeza, en algún momento, Dios usará todo lo que te ha dado, para socorrer a los santos. En nuestro caminar, llegará un momento en que todo lo que tengamos sea para la gloria de la obra de Dios, para socorrer a los santos que estén sufriendo privaciones.

Debemos entender que todo lo que el Señor nos ha dado y ha hecho en nosotros tiene en vista este tiempo que estamos viviendo. Nada será para nosotros en este mundo; todo es para la gloria de Dios. Debemos prepararnos, librándonos de la avaricia, de la ganancia, del amor a los bienes materiales.

Un día, todo lo que ganaste y lo que tienes en este mundo, Dios lo usará. Nuestros verdaderos tesoros son eternos y celestiales. Nosotros estamos a punto de salir de esta tierra. Que el Señor arranque nuestras raíces del mundo y llene nuestro corazón de amor por el retorno de nuestro Amado.

Hay un falso evangelio, el evangelio de la mentira, que no tiene ninguna credencial divina, un evangelio humanizado, lleno de entretenimiento, que busca agradar a las personas, enseñando de manera errada la prosperidad material, llevándolas a anhelar tener más; sus manos están atrofiadas, sus corazones petrificados, sin entender que somos solo mayordomos de Dios.

Todo lo que nosotros poseemos, nuestra casa, nuestro trabajo, nuestros bienes, le pertenece al Señor. Nosotros somos siervos; tenemos que colocar todo en adoración a él. El Señor quiere multiplicar, pero no para nosotros, sino para su gloria. Debemos tener nuestras manos abiertas para él, porque un día partiremos de este mundo, y no nos llevaremos nada de esto.

Un día nos presentaremos ante el Señor, y debemos llegar con alegría, pudiendo decir: «He procurado honrarte con todo lo que me diste». Cuántas veces el Señor no ha sido honrado en nuestro trabajo, ni en nuestros hogares. No le hemos honrado con nuestros bienes. Nada de esto es nuestro. Todo es del Señor.

Los trompeteros celestiales son levantados por Dios para predicar la verdad que liberta, que transforma y que sana, la verdad que nos arran-

ca de este mundo. Ella nos recuerda que nuestros pies están aquí, pero nuestro corazón está en el cielo. El evangelio nos muestra que somos hijos de Dios, peregrinos en este mundo. Este no es el lugar de nuestra delicia. Nuestro descanso será contemplar eternamente el rostro de nuestro Señor Jesús.

La conciencia cauterizada

Uno de los rasgos propios de una falsa enseñanza doctrinal es la mentira. ¡Cuánta mentira ha corrido en medio del pueblo de Dios! La iglesia requiere autenticidad; ella no puede aceptar enseñanzas malignas que buscan destruir el testimonio. El Señor nos llene de su verdad. Que los profetas y maestros que el Señor ha levantado puedan impresionarnos con la verdad de la palabra de Dios.

«...*teniendo cauterizada la conciencia*» (1ª Tim. 4:2). Esta es la tercera característica de las falsas enseñanzas. Estos demonios cauterizan la conciencia. Nuestro espíritu tiene tres facultades: conciencia, comunión e intuición. La conciencia es una facultad muy importante.

Estas falsas enseñanzas logran cauterizar la conciencia. Las personas ya no logran discernir la voz de Dios. Están perdiendo el temor, la sensibilidad, la capacidad de recibir algo de parte de Dios. Tienen sus cora-

zones petrificados; no se quebrantan, no se rinden, porque la conciencia está cauterizada.

Necesitamos que la palabra del Señor opere realmente en nuestra conciencia y la sane. Estamos viviendo en un tiempo terrible, en que todos los valores están siendo invertidos. Cosas que la sociedad reprobaba hace diez años atrás, hoy son prácticas normales. Hay leyes que protegen la promiscuidad y la inmoralidad. Los abusos más absurdos, que jamás habríamos imaginado ver, están ocurriendo ante nuestros ojos, ante nuestros hijos pequeños.

El peligro presente

Hoy día, la verdad no tiene el mismo peso que el engaño. El engaño y la mentira, en nuestra sociedad caída, tienen mucho más valor que la verdad. La pureza y santidad son algo absurdo para esta generación caída. Si los moradores de Sodoma y Gomorra pudiesen ver nuestros días quedarían espantados con el nivel de promiscuidad que vive la sociedad moderna.

Y lo peor es cuánto de esto ha tratado de influir en la vida de nuestros jóvenes. Lo más terrible en todo este contexto es cómo Satanás, a través de las enseñanzas falsas, de mensajes superficiales, ha cauterizado la mente de las personas.

Nosotros nos ocupamos mucho con las herejías. Es verdad, no debemos descuidar eso. Pero hay algo tan terrible como ellas, y es la enseñanza superficial, el mensaje que solo trae información. El verdadero evangelio no es mera información. La voz de Dios, la Palabra, trae una vida poderosa, trae sanidad, viene a cortar las ataduras que apresan la conciencia, trae el colirio para nuestros ojos, viene a resucitarnos de la muerte espiritual, a inflamar nuestro corazón de amor al Señor en medio de la frialdad espiritual.

El mensaje de lo alto viene a traspasarnos, a quebrarnos, a penetrar en nosotros, para dividir la carne del espíritu, lo que es de Dios de lo que es satánico, lo carnal y lo espiritual, lo terrenal y lo celestial. Necesitamos clamar a Dios por su Palabra en esta hora. Vivimos días peligrosos. Los espíritus engañosos están pervertiendo el evangelio. Que el Señor nos despierte en este día.

Verdad que impacta el corazón

Antes de concluir, ¿ustedes recuerdan cómo predicaba nuestro Señor? ¿Cómo eran sus mensajes? ¿Cuál era la naturaleza y el carácter de aquello que él hablaba? Miren Mateo capítulo 7. Es la conclusión de toda la enseñanza del sermón del monte; es una de las mayores exposiciones

doctrinales de nuestro Señor Jesús, aquel que es nuestro modelo como Maestro y Profeta.

Al leer Mateo capítulos 5 al 7, ¿hemos pensado cómo el Señor predicó este gran sermón? Creo que las palabras finales pueden ayudarnos.

«Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mat. 7:28-29). La palabra «*admiraba*», ha sido traducida en forma inadecuada. La idea no es ésta; en el original, significa arrancar algo de golpe. La traducción correcta es «*se recogían atónitos*».

Cuando las personas le oían, salían conmovidas, impactadas, heridas. Así predicaba nuestro Señor, «*no como los escribas*». La verdad de Cristo penetraba en las personas, y éstas se avergonzaban de sí mismas, sentían los pecados en sus rostros, sentían sus miserias.

Este es el mensaje que el Espíritu quiere traer en este tiempo. No son mensajes que acaricien el ego, sino palabras que entrarán al corazón, abriendo puerta a la iniquidad y perversidad que llevamos dentro: falsedades, odio, falta de perdón, falta de amor, insinceridad, hipocresía escondida dentro de nosotros, a causa de esta mente cauterizada.

Es esto lo que el evangelio tiene que hacer ahora. El Señor está volviendo; solo su palabra podrá arrancarnos de este mundo. Solo la verdad desde el cielo, proclamada por sus trompeteros, podrá decirnos: «Arregla tu vida, porque llegó la hora de dejar este mundo. Prepárate, abandona lo que estás haciendo, porque tal vez no tengas tiempo más tarde. ¡Prepárate hoy! Deja esas impurezas, ahora; apártate de aquello que está destruyendo tu comunión con Dios». El Señor te está hablando cara a cara. ¡Es ahora, hermano!

Señor, no desistas de nosotros. En estos días malos, líbranos de todo aquello que impide tu obrar en nosotros. Penetra en nuestro corazón con tu voz. Necesitamos de ti con urgencia. Vivimos una terrible apostasía, una inversión de los valores espirituales. Señor, hemos recibido tanto de ti; no permitas que nuestro amor se enfríe, ni permitas que el engaño corrompa nuestro corazón. Visita tu pueblo en esta hora, visita tu viña; ven, y mira hacia ella. Toma hoy nuestras vidas, y haz como tú quieras con nosotros, para que tengas tu testimonio en esta tierra. Bendícenos, Señor; sánanos, res-táuranos, vivifícanos. En el nombre de Jesús. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2017.



Considerando el dolor del corazón del Novio celestial por su iglesia.

Dejando el primer amor (2)

Tomaz Germanovix



Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido".

— Apoc. 2:4-5.

«*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*». Este es el foco de nuestra atención. Debemos leer esto con nuestros corazones, porque solo así podremos tocar el corazón de nuestro amado Señor; sus sentimientos vendrán a nosotros, y comprenderemos su dolor.

La mayor demostración de amor registrada en el universo, sin duda alguna, fue la obra de la Cruz. Nos parece que el infinito llegó a su límite, porque no hay mayor muestra de amor que ésta, que el Señor Jesús ofreciese su vida allí por pecadores indignos.

«*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Juan 3:16). La expresión «de tal manera» se usa cuando no hay palabras para calificar algo.

En la cruz del Calvario, el Novio celestial hizo su mayor declaración a su novia, dando su vida por ella. El Padre entregó a su propio Hijo, y el Hijo quiso venir a dar su vida por nosotros. Esto debe conmover nuestro corazón.

Los atributos de Dios

G. Campbell Morgan escribe: «Hablamos de ley y amor, de verdad y gracia, de justicia y misericordia. Y, mientras el pecado no existe, no hay controversias entre ninguno de ellos. Si no existe el pecado, la ley y el amor nunca están fuera de armonía el uno para con el otro. La verdad y la gracia siempre van tomadas de la mano. La justicia y la misericordia cantan un himno en común. Si la ley es quebrantada, ¿qué puede hacer el amor? Si la verdad es violada, ¿cómo puede operar la gracia? En la presencia del crimen, ¿cómo la justicia y la misericordia se pueden encontrar? Este es el problema de los problemas. No es un problema entre Dios y los ángeles — es un problema entre Dios y él mismo».

Dios es absoluto en todos sus atributos. Él es absoluto en justicia, absoluto en amor, absoluto en gracia, absoluto en misericordia. Veamos un ejemplo práctico. Miguel es un pecador, y sobre él pesa la justicia de Dios. Dios debe descargar su ira

sobre Miguel y enviarlo al infierno. No hay injusticia en esto, porque Miguel es un pecador. Dios es absoluto en su justicia; pero él lo es también en amor. Él ama a Miguel y quiere librarlo del infierno. ¿Cómo hacer esto? Aplicando en absoluto la justicia y el amor.

Sin embargo, hay dos atributos divinos, justicia y misericordia, que no pueden ser otorgados juntos a la misma persona. Si Dios lanza su justicia sobre Miguel, éste no puede recibir misericordia, y si Dios ejerce su misericordia, no puede aplicar su justicia sobre Miguel. Ahí entendemos algo de la Cruz, porque solo en ella hay una oportunidad. El Hijo de Dios da un paso al frente: «Padre, yo iré; caiga sobre mí toda tu ira y toda tu justicia, pero sea sobre Miguel tu misericordia».

Es necesario también aclarar la diferencia entre misericordia y gracia. La misericordia es cuando Dios no nos da lo que merecemos. ¿Y qué merecemos? El juicio de Dios. Y la gracia es cuando él nos da lo que no merecemos. No merecemos la redención ni la vida eterna, pero todo esto lo encontramos gratuitamente en la cruz del Calvario. ¡Qué maravilloso Señor tenemos!

«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor». La carta a Éfeso

describe una realidad de la condición de la iglesia en todas las generaciones, hasta llegar a nosotros. Debemos revisar con cuidado esta exhortación del Señor.

¿Cuándo fue la última vez que le dijiste al Señor que él es el amado de tu alma? No solo cuando estamos reunidos con el pueblo de Dios alabando su nombre, sino también en el trabajo, cuando vamos de viaje o estamos estudiando. En todo lugar, podemos medir nuestro grado de comunión y nuestra deuda con él. Que el Espíritu Santo nos despierte, para volver a tener al Señor Jesús como nuestro primer amor, porque, desde la eternidad, él sí nos ha tenido como su primer amor.

Elogios a la iglesia en Éfeso

En Apocalipsis capítulo 2 leemos ocho expresiones de elogio del Señor a la iglesia en Éfeso. La primera es: «Yo conozco tus obras» (2:2). Éfeso era una iglesia activa, una iglesia que tenía los ojos abiertos hacia el mundo, e impactaba la sociedad. Eso debe tocar nuestro corazón.

Segundo elogio: «y tu arduo trabajo». Ellos trabajaban firmes en la obra del Señor. No se reunían solo para tener comunión entre ellos; tenían también sus ojos dirigidos hacia afuera. Las características de la iglesia primitiva eran: amor ar-

diente por el Señor, amor fraternal genuino y amor por las almas perdidas. ¿Será eso lo que nosotros experimentamos hoy? Necesitamos preguntarnos esto delante del Señor.

Tercera característica: «tu paciencia». Era persistente; no se distraía por nada, sino trabajaba con esmero en la obra del Señor. Eso es maravilloso. Estas tres expresiones de elogio nos dirigen a Efesios 2:10: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas».

Las obras que debemos practicar, Dios ya las preparó antes para nosotros. Es bueno saber esto, para no tomar un camino de legalismo. «Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia» (2ª Ped. 1:3). Todo aquello que el Señor nos demanda, ya lo depositó, por gracia, en nuestros corazones.

No hay posibilidad de servir al Señor si nuestros corazones no están llenos de la gracia. «Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la pa-

ciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor» (1:5-7).

Diligencia y virtud son palabras que desafían el corazón; ellas están puestas en el lugar preciso, porque ya nos fue dado todo lo referente a la vida y a la piedad. Los efesios dependían de la gracia de Dios. *«Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo» (v. 8).*

Una iglesia vuelta hacia sí misma tendrá problemas; buscará cosas que hacer dentro de sí misma. Pero fuimos llamados a «ir», no solo a estar reunidos. Las reuniones de la iglesia son preciosas, pero son como el extremo del iceberg que está a la vista. Al Señor le importa lo que está oculto: la vida real de la iglesia.

Alguien dijo: «La iglesia es: Maridos, amen a sus esposas; esposas, sean sujetas a sus maridos; padres, no exasperen a sus hijos; hijos, obedezcan a sus padres; amos, traten bien a sus siervos; siervos, obedezcan a sus amos». Esta es la vida práctica: el amor real expresado en lo íntimo; allí Dios examina los corazones.

Falsos hermanos

La cuarta expresión de elogio dice: *«No puedes soportar a los malos»*

(2:2). En Éfeso había idolatría, prostitución, corrupción y tinieblas. Hombres malos querían llevar el libertinaje a la iglesia; pero los hermanos los resistieron, porque comprendían claramente que el Señor los había llamado a santidad.

«Has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos» (2:2). En aquella iglesia había discernimiento espiritual, claridad en el corazón, para detectar a los falsos apóstoles. Ellos tenían un fundamento doctrinal muy seguro.

«Has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre» (2:3). Ellos padecían, mas no se desanimaban. *«Y no has desmayado» (2:3).* Necesitamos mirar a Éfeso para aprender. Si pudiésemos viajar en el tiempo y visitar Éfeso, seríamos impresionados por su testimonio.

«Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco» (2:6). La palabra nicolaíta viene de *nico*, conquistador, y *laos*, pueblo común. A los nicolaítas les gustaba dominar sobre el pueblo, y eso es abominable al corazón del Señor. Los hermanos de Éfeso tenían eso muy claro.

«Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el pri-

mer lugar entre ellos, no nos recibe» (3ª Juan 1:9). Este es el principio del nicolaísmo. Pero la única cabeza de la iglesia es Cristo, y todos nosotros somos siervos. Dios levanta hombres a los cuales da una responsabilidad, pero no para que se enseñoreen de la iglesia, sino para guiarla, siendo un canal a través del cual él puede hablar. Aquella iglesia discernía con claridad que el nicolaísmo era abominable.

En las Escrituras, aquello tuvo un principio. «*Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa*» (Éx. 19:6). No un reino *con* sacerdotes, sino un reino *de* sacerdotes. La intención divina era que toda la nación lo fuese, para que Dios pudiese bendecir a todas las naciones a través de ellos.

Pero, en Éxodo capítulo 32 vemos la historia del becerro de oro. A partir de esa rebelión, Israel dejó de ser una nación de sacerdotes. Dios apartó a la tribu de Leví, y de ella, a la familia de Aarón, e Israel llegó a ser una nación con sacerdotes. Ese es el principio del nicolaísmo, algo que el Señor nunca deseó.

«Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen

cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad» (Hech. 20:29-30). Estas palabras de Pablo fueron registradas unos treinta o cuarenta años antes de la realidad que leemos en Apocalipsis 2.

Impactando al mundo

En Éfeso, aquel ambiente de tinieblas, hubo un avivamiento, un testimonio claro de la iglesia. «*Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos ... Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor*» (Hech. 19:17-20).

Esta realidad produjo un impacto en aquella sociedad; en medio de las tinieblas, brilló la luz. Cuando miramos hacia la realidad de la iglesia hoy, ¿hemos impactado nosotros a este mundo? Para que esto ocurra, la iglesia necesita ser remecida en sus estructuras.

«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor». El Señor nos ha llamado a una vida de intimidad. Necesitamos tener comunión con él. Más valen dos gramos de realidad espiritual que una tonelada de conocimiento bíblico. De nada aprovecha saber mucho de la Biblia, si ca-

recemos de esa realidad. Que el Espíritu Santo nos ayude, bautizándonos de nuevo con un amor genuino.

Un hermano dice que a veces somos como escorpiones del desierto. Detectamos rápido una herejía, y la combatimos; pero tenemos poca vida de comunión con el Señor. Él nos llama a la comunión, pues quiere revelarnos más de su belleza. Él nos tendrá siempre como su primer amor, y nos demanda a nosotros lo mismo. La iglesia en el tiempo del fin será un testimonio fiel cuando realmente ame a su Señor.

La apostasía es volver la espalda, oponiéndose, pero también es volverse hacia uno mismo. El hecho de volvernos hacia nosotros mismos es la máxima demostración de egoísmo. Solo cuando quitamos la mira-

prisión domiciliaria. Allí fue donde el Señor abrió los cielos a Pablo y le reveló las verdades tan profundas que leemos en la carta a los Efesios, donde la palabra amor aparece una veintena de veces.

Treinta o cuarenta años después, oímos al Señor decir: «*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*». Esto debe conmovernos. En todas las generaciones, es la misma queja en relación a su iglesia. Y hoy, él está de nuevo enfrentándonos con su palabra. El Espíritu Santo nos socorra, para que este amor sea restaurado en nuestro corazón.

Miremos sus manos santas, sus marcas que por la eternidad permanecerán en él, e inclinémonos delante del glorioso Señor. Él lo merece; él es nuestro Amado. Él dio su vida por

Más valen dos gramos de realidad espiritual que una tonelada de conocimiento bíblico.

da de nosotros y ponemos la mirada en el Señor, comenzamos a aprender lo que es amarle.

El amor de Cristo

Tras el nacimiento de la iglesia en Éfeso, Pablo estaba en Roma, en su primera prisión. Él ya venía de una prisión de dos años en Cesarea, y estaría dos años más en Roma en

mí y por ti, y nos quiere como su novia. «*Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla*» (Ef. 5:25-26). Él no la santificó primero, sino que mostró su profundo amor aun en nuestro estado de rebelión e impureza.

¡Cuán diferentes somos nosotros! Nosotros amamos lo amable; pero

él amó aquello que no era amable. Hay un Hombre sentado en el trono del universo, rigiendo los billones y billones de galaxias. Pero, si observamos bien, quien está ahí sentado es un Hombre herido; herido de amor por ti y por mí, herido de amor por su iglesia. ¡Él merece nuestro amor!

Estamos ante el último llamado previo a Su venida. Abramos nuestros corazones a aquello que él nos ha hablado, y pongamos nuestro rostro en el polvo, para que el Espíritu Santo halle lugar en nuestros corazones. Cuando nuestros ojos son abiertos, nuestros corazones se ensanchan de amor por Cristo.

Decadencia y caída de Éfeso

Al leer los elogios del Señor, el corazón es impactado. En apariencia, Éfeso no tenía defecto, ni había nada que corregir. *«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor»*. Eso conmueve el corazón. Sin embargo, Éfeso no percibía su decadencia, no lograba ver su propio mal; pudo discernir a los falsos apóstoles, pero no percibió que, interiormente, estaba muriendo por falta de amor.

Toda obra hecha para el Señor, si no es el resultado del amor, es vana. *«Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré*

pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido» (Apoc. 2:5).

Veán el corazón del Señor. Él hace una apelación a la iglesia, como diciendo: «Mira hacia atrás y observa con cuidado. Hubo un momento en tu jornada en que me sustituiste por las obras que has hecho para mí día a día. Reconozco que tienes amor por mí, pero perdiste tu primer amor». Que el Espíritu Santo nos muestre en qué momento nos deslizamos, para que él mismo nos devuelva al cauce original.

«Recuerda, por tanto, de dónde has caído». Ellos estaban gozando de una posición elevada, y cayeron, perdiendo aquella posición. ¿Qué posición era ésta? Era una vida de unión con Cristo. ¿Cómo podemos tener una vida real de unión con Cristo? De la única manera en que la palabra de Dios lo muestra: andando por fe; no por sentimientos, ni por una motivación circunstancial, sino por la palabra del Señor.

Evaluando nuestro amor

«Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1ª Juan 4:19). El amor no es algo natural del hombre; al contrario, somos indiferentes y egoístas. Él nos amó primero; de otro modo, nosotros jamás podríamos amarle. Nadie se sienta carga-

do por esto, porque esta es la obra de la gracia de Dios.

Cuando somos llamados a amarle, todo esto ya nos fue dado en Cristo Jesús. Si no respondemos a su llamado, no es porque él no nos haya dado la capacidad de responder, sino porque le resistimos, haciendo nuestras propias elecciones y relegándolo a él a un segundo plano.

Si preguntáramos aquí quién ama al Señor Jesús, todos levantaríamos nuestras manos. Pero la pregunta es: ¿Qué tipo de amor es éste? Necesitamos ofrecerle nuestro mejor amor. Él lo merece, él es digno. Él nos amó con amor infinito. Nosotros debemos responder a su gran amor derramándonos delante de él.

Podemos amarlo, y amar a los hermanos, porque él nos amó primero. *«El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor»* (4:8). *«Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él»* (4:16).

Fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, para amarle primeramente a él, para amarnos unos a otros y, aún más, para amar a aquellos que están perdidos. Es una cadena perfecta de manifestación de amor. El Señor nos ha llamado para

amar. El avivamiento viene por la restauración del primer amor.

Amemos al Señor. ¡Es maravilloso! Así impactaremos al mundo. Cuando todos vean manifestándose este amor sublime, entonces querrán conocer lo que hay en medio de este pueblo, y verán que tenemos una sola fuente, el primer amor, nuestro Señor Jesucristo, del cual fluye la realidad que vivimos.

El amor es atributo de la Trinidad. *«El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano»* (Juan 3:35). El Padre es, en esencia, amor. *«Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago»* (Juan 14:31). *«Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios»* (Rom. 15:30).

Otras citas significativas. *«Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él»* (1ª Juan 1:5). *«Dios es Espíritu y los que le adoran en Espíritu y en verdad es necesario que le adoren»* (Juan 4:24). En su esencia, Dios es amor; en su manifestación, él es luz, y en su naturaleza, él es Espíritu.

Probando nuestra fe

Los efesios cayeron de su posición de vida de unión con Cristo. Esta vida de comunión más allá del velo, en

el Lugar Santísimo, es exactamente lo que él desea para su pueblo en este tiempo del fin. Nosotros somos distraídos por los asuntos del mundo y aun por la obra de Dios, olvidando lo más importante.

Hay tres cosas que debes poner siempre a prueba, para identificar si estás en riesgo de apartarte. Todo aquello que te distrae de la comunión con Cristo, está robando tu corazón. La primera prueba es: ¿Cuánto tiempo ocupo en estudiar las Escrituras? La segunda: ¿Cuánto tiempo dedico a la oración de manera personal? A menudo tenemos un día pesado, llegamos a casa cansados y nos sentamos a ver televisión. Pero éste es un camino peligroso.

Una tercera situación digna de considerar es la comunión con los santos. ¿Hemos tenido comunión con los hermanos, o tenemos tantas tareas que nos impiden gozar de ella? Ponte a prueba en estos tres puntos. El Señor nunca nos dará alguna cosa material que pueda desviar nuestro corazón de la comunión con él, de la comunión con su palabra y de la comunión con los santos.

Necesitamos oír la voz del Señor y poner a pruebas estas tres realidades. ¿Qué tiene el Señor para mí? ¿Cómo está mi vida de oración? ¿Cómo están mis relaciones? Esto se

relaciona con el primer amor. ¿Sabben?, puede ocurrir con nosotros así como con los hermanos de Éfeso, que oyeron todo esto, pero no respondieron. El Señor nos impida este tipo de actitud; que seamos inquietados por el Espíritu Santo para que tomemos esto en serio.

Cuando el Señor habla a su pueblo, él espera que su pueblo oiga, y más aún, que responda. A menudo nuestra respuesta ha sido dejar la vida de unión con Cristo. Para restaurar el primer amor, pidamos al Señor que ordene nuestra vida. ¿Sabes lo que él quiere de ti? Solo tu corazón.

La fe y el amor

Éfeso había perdido la comunión con Cristo. Aquí hay dos verdades: vida de unión y fe. Una gran cantidad de pasajes tocan esta realidad de la fe y el amor caminando juntos.

«Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ... sino la fe que obra por el amor» (Gál. 5:6). Fe y amor, juntos. *«...habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos»* (Ef. 1:15). *«Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor»* (Ef. 3:17). Noten el cuidado del Espíritu Santo uniendo estas dos palabras.

«Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo» (Ef. 6:23). Nos impresiona esto. El Señor nos llama a una vida de unión con él, y ésta no es posible aparte de la fe. Lo que nos lleva a la realidad espiritual es la fe, la cual es producida en nuestros corazones por la palabra de Dios.

«Habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos» (Col. 1:4). De nuevo, nos sorprenden aquí estas dos verdades juntas, fe y amor. Nuestro llamamiento es a una vida de fe, y ésta es una vida de unión con el Señor. El Señor quiere restaurar esto en nuestros corazones.

Necesitamos volver a una vida de unión con Cristo. Somos suyos, pero debemos gozar de una vida íntima de unión con él. Necesitamos estar con él. La fe no es asunto de la mente, no es un sentimiento, sino una realidad espiritual. Por gracia, cuando estudiamos la palabra del Señor, ella engendra fe en el corazón.

«Recuerda, por tanto, de dónde has caído». Se nos ha llamado a una vida de intimidad con Cristo y esto moverá nuestro corazón hacia un genuino amor por él. Vemos en este versículo 5 que el Señor está llamando a la iglesia a una actitud de arrepentimiento práctico, no teórico.

Muchas veces concordamos en que estamos errados y entendemos que todo lo que oímos es verdad, y aun entendemos que necesitamos arrepentirnos; pero no lo hacemos. Eso es terrible. Fue eso lo que aconteció con Éfeso; a pesar del clamor de Juan a través del Espíritu, ellos no respondieron. La iglesia fracasó. Hoy, en Éfeso, solo hay ruinas. El candelero fue retirado. ¡Qué palabras solemnes para nosotros!

Hay tres lecciones importantes que debemos observar. El primer síntoma, la primera marca del descenso de la iglesia, es cuando el amor se está enfriando. Otra marca que lleva a una iglesia a la ruina, es que esto no viene de afuera, sino de adentro. Tal fue el caso de Éfeso. Nadie puede robar la fe a aquel que tiene vida de unión con Cristo, porque hay un amor firme. Pero la ruina surgió dentro de la propia iglesia.

Otra cosa importante: Satanás nunca hallará una brecha en aquel que tiene al Señor como su primer amor, o en una iglesia que tiene al Señor como su primer amor. A.W. Tozer dice: «Los grandes hombres de Dios fueron aquellos que amaron al Señor más que los otros».

El corazón de Pedro

En Juan capítulo 21, Jesús resucitado se presenta a sus discípulos. Pe-

dro le había negado. Al pensar en el corazón de Pedro, nos impresiona el dolor que habría en él.

«Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas» (Juan 21:15-17).

En este pasaje se menciona varias veces el verbo amar. En español hay una sola palabra para **amor**; pero en griego hay cinco vocablos distintos. Aquí hay dos de ellos: *ágape* y *phileo*. *Ágape* es el amor sacrificial, la entrega sin esperar nada a cambio; y *phileo*, el amor de amigos. Y aquí están juntas ambas realidades.

La primera pregunta que Jesús hizo es si Pedro tenía *ágape* (amor sacrificial) por Él. La respuesta de Pedro fue que él lo amaba con amor de amigos. Jesús le dice: *«Apacienta mis corderos»*. Por segunda vez Jesús pregunta: *«Simón, me amas*

sacrificialmente», y Pedro responde de la misma forma: *«Yo te quiero como a un amigo»*. De nuevo, Jesús le dice: *«Pastorea mis ovejas»*.

Jesús dijo por tercera vez: *«Simón, ¿tienes phileo (amor de amigos) por mí?»*. Pedro se entristeció porque le dijo: *«¿Me quieres como a un amigo?»*. Y su respuesta nos impresiona: *«Señor, tú lo sabes todo»*. Aun así, el Señor le dijo: *«Apacienta mis ovejas»*. ¿No nos conmueve el amor del Señor?

Jesús descendió, y se contentó con el nivel del amor de Pedro, porque la medida de éste era ahora real. La tradición cuenta que, cuando Pedro fue llevado a la muerte, dijo: *«Yo no soy digno de morir como mi Señor; crucifíquenme, pero con la cabeza hacia abajo»*. Amor *ágape*. Pedro había avanzado.

Hacia una vida de unión con Cristo

El Señor es maravilloso. Él conoce nuestras limitaciones y la pequeñez de nuestro amor; pero él viene a nosotros y recibe nuestro amor. Sin embargo, él desea que avancemos hasta poder experimentar lo que es el amor sacrificial.

Por desgracia, Éfeso no respondió. Se dice que Juan, de vuelta del exilio, se fue a Éfeso para permanecer con los hermanos. Otro detalle im-

portante: en el evangelio de Juan y las tres cartas de Juan, escritas después de Apocalipsis, ¡cuántas veces aparece la palabra amor! El Espíritu sabe lo que necesitamos.

El Señor nos ha llamado a restaurar la realidad del primer amor. Que podamos tener corazones abiertos, para que el Espíritu Santo halle cabida en ellos, y seamos llevados a la realidad de la vida de unión con Cristo. En esa vida de intimidad, nuestro amor por él crecerá más y más.

El texto final habla de los vencedores. *«Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está*

en medio del paraíso de Dios» (2:7). El vencedor no es un cristiano perteneciente a un rango especial, sino a la normalidad del caminar de la iglesia. Y en relación al árbol de la vida, no necesitamos saber hoy su interpretación exacta; pero lo importante es estar preparados para alimentarnos de ese árbol.

Que el Señor visite este pueblo en el tiempo del fin y halle un «Sí» en el corazón de su iglesia, para que podamos ver la restauración del primer amor. Amén.

Síntesis de dos mensajes impartidos en El Trébol (Chile), en enero de 2017.

Spurgeon y Müller

Cierta vez, Spurgeon fue a predicar a Bristol. Él esperaba recolectar trescientas libras que necesitaba con urgencia para su orfanatorio, y consiguió el dinero.

Yendo a dormir, en la última noche de su visita, Spurgeon oyó una voz diciéndole: «Entrega a George Müller esas trescientas libras». «Pero, Señor», respondió él, «yo las necesito para mis niños en Londres». Sin embargo, vino otra vez la palabra: «Dale a George Müller ese dinero». Y solo pudo dormir cuando dijo: «Sí, Señor, lo haré».

A la mañana siguiente, Spurgeon se dirigió a casa de Müller, y lo encontró de rodillas ante una Biblia abierta, orando. El famoso predicador puso una mano sobre su hombro y dijo: «George, el Señor me mandó a entregarte estas trescientas libras». «¡Oh, estimado Spurgeon», dijo Müller, «esa es la cantidad exacta que le he pedido al Señor!». Ambos hombres de Dios se regocijaron juntos.

Cuando Spurgeon volvió a Londres, halló sobre su escritorio un sobre que contenía trescientas guineas (una antigua moneda que valía una libra y un chelín). «¡Aquí está!», exclamó con alegría; «el Señor devolvió mis trescientas libras con trescientos chelines de interés».

El rol de la iglesia en medio de una sociedad hostil a la fe.



Luz en la oscuridad (II)

Rodrigo Abarca



En Jehová he confiado; ¿cómo decís a mi alma, que escape al monte cual ave? Porque he aquí, los malos tienden el arco, disponen sus saetas sobre la cuerda, para asaetear en oculto a los rectos de corazón. Si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo?”.

Sal. 11:1-3.

Un mundo en crisis

La sociedad se ha ido alejando cada vez más de Dios, de los principios morales y de las verdades reveladas por el Señor. Vivimos en una sociedad cada vez más hostil al cristianismo. Esto es un cambio en la historia del mundo.

Hoy nos enfrentamos a una sociedad que ya no ve el mundo con los ojos de la fe, ni cree en los valores fundamentales del cristianismo. Es un mundo distinto, y estamos siendo confrontados por él. Hay un misterio de iniquidad actuando, hay una mente que está detrás de todo lo que ocurre en el mundo, cuyo propósito es producir una sociedad hostil a la fe. Con esto, Satanás busca destruir a la iglesia.

«*Vosotros sois la sal de la tierra*» (Mat. 5:13). Si quitamos la sal de los alimentos, éstos se corrompen. Claramente, una de las funciones de la iglesia en el mundo es impedir que el mal avance en su obra de destrucción. «*Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*».

Una respuesta de fe

En el Salmo 11 notamos algunas cosas interesantes con respecto a lo que estamos viviendo hoy. «*Si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo?*» (Sal. 11:3). Si los justos son puestos en entredicho, y sus fundamentos son atacados, ¿qué se puede hacer? Frente a la amenaza del mundo, ¿la iglesia debe huir y ocultarse? Y, si ella se oculta, ¿qué será del mundo?

La respuesta del salmista está en el versículo 4. «*Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono; sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres*». ¿Por qué él responde con estos dos grandes hechos? «*Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono*».

En Apocalipsis hallamos exactamente la misma respuesta. ¿Cómo responde el Señor a un tiempo de crisis? Cuando la iglesia es amenazada por el mundo, ¿debe esconderse?

Apocalipsis responde: Cristo está en su templo, en su iglesia. La iglesia no está a merced del poder de engaño que gobierna el mundo.

No estamos indefensos, ni vamos a la deriva; al contrario, el Señor está con nosotros. Él es Rey de reyes y Señor de señores. Y aunque todos los poderes terrenales se unan contra él, no podrán vencerlo.

Apocalipsis 17:13-14, hablando de los poderes del mundo, dice. «*Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles*». Así como ellos no pueden vencer al Cordero, tampoco podrán vencer a la iglesia del Cordero.

Hay un misterio de iniquidad en el mundo. En Apocalipsis capítulo 13 hemos visto antes cómo este misterio funciona como un poder cultural, que tiene que ver con filosofías, ideologías o religiones que buscan seducir a los hombres para conducirlos a servir, a adorar y a someterse al dominio de esta bestia, este monstruo político, que surge para usurpar el lugar de Dios.

Y hemos observado que ese trabajo consiste en seducir las mentes con

ideas que harán posible el advenimiento del anticristo, dando paso a una generación cuya mente y corazón estén preparados para someterse a este anticristo político. Esto ya ocurrió en la historia de la humanidad. Juan dice que no hay solo un anticristo, sino muchos. El último aparece en Apocalipsis 13, pero esa bestia, de alguna manera, ya ha estado presente en la historia, en personajes que la anticipan.

El drama de Alemania

Permítanme contarles un caso que, quizás, nos ayude a entender lo que ocurrirá en el tiempo del fin. A principios del siglo XX, Alemania era una de las naciones más evangelizadas del mundo. Allí se había iniciado la Reforma, con Martín Lutero, el primer movimiento de restauración.

Sin embargo, con el paso del tiempo, aquella iglesia apartó su corazón del Señor, y siguió siendo nominal, exteriormente cristiana, pero su corazón estaba lejos de Dios. Aquello dio pie para que surgieran ideologías y formas de pensamiento totalmente anticristianas.

A principios del siglo XX, las ideas predominantes en la sociedad alemana hicieron posible el surgimiento de un personaje como Adolfo Hitler. La gran tragedia fue que la iglesia alemana y sus pastores, casi

sin excepción, apoyaron al nazismo. ¡La iglesia, que debía ser sal de la tierra y luz del mundo! ¿En qué momento se perdió la capacidad de discernir?

Solo un pastor, Dietrich Bonhöffer percibió lo que estaba ocurriendo, y se opuso a aquella ideología. Eso le costó la vida. Él anticipó que aquel hombre era la encarnación del espíritu del anticristo, porque pretendía usurpar el lugar de Dios en el corazón de los hombres.

La consecuencia de aquello fueron los horrores que vinieron a continuación; fue el precio que pagó esa nación por haber seguido el engaño. Pero, antes de que todo eso ocurriera, nadie lo sabía, excepto aquellos cuyos ojos fueron abiertos por el Señor. Lo que estaba ocurriendo no era una mera cuestión política; detrás, había algo espiritual, un poder demoníaco, operando.

Aquí vemos el fracaso de una iglesia que debía ser sal de la tierra en una nación, porque su corazón estaba apartado del Señor; una iglesia secularizada, que había adoptado las ideas del mundo.

Las ideas que dominaban en Alemania avalaron el surgimiento de Hitler. Una de ellas era el darwinismo social, la idea de la supervivencia del más apto. Eso llevaba, lógicamente,

a la idea de que la raza más fuerte era la que debía someter a otras. Otra, la preeminencia de la ciencia como el factor final de solución de los problemas de la vida humana, cuya concretización era el nazismo.

Tales ideas también dominaron la iglesia, volviéndola impotente para responder a lo que ocurría. Cuando la sal pierde su sabor, no sirve para nada. Este es un caso histórico. Claramente, Hitler era un anticristo, y lo demostró en su intención demoníaca de exterminar al pueblo judío.

En Apocalipsis capítulos 13 al 18, aparecen los tres grandes enemigos de la iglesia, tres grandes poderes que Satanás levanta para destruirla. Ya hemos mencionado dos: el poder político, que muchas veces ha perseguido a la iglesia. Y luego la bestia, el poder cultural que acosa a la iglesia e intenta capturar la mente y el corazón de los hombres.

Una mujer vestida de púrpura

En Apocalipsis capítulos 17 y 18 aparece un tercer gran poder. Hoy nos centraremos particularmente en éste, un poder más sutil e incluso más peligroso que los anteriores.

«Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la

gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra» (Apoc. 17:1-5).

La abominación desoladora

La palabra *abominación*, en el judaísmo, tiene un solo significado: *idolatría*. Así llamaban los judíos a cualquier ídolo: una abominación. Jesús habla de «*la abominación desoladora*», recordando la profecía de Daniel, ésta era la estatua de Júpiter, que Antíoco Epifanes puso en el templo (300 a. de C., aprox.).

Esta mujer es la madre de las idolatrías de la tierra. Idolatría es poner algo en el lugar de Dios. La mayor abominación del tiempo final es usurpar el lugar de Dios, poniendo

al hombre en el lugar de Dios. La gran ramera es la promotora de toda forma de abominación, a semejanza de las antiguas sacerdotisas de los cultos paganos, que ejercían la prostitución con el fin de difundir la idolatría.

Esta gran ramera es la prostituta que está en la raíz de toda la idolatría del mundo. Y las herramientas que ella usa son la seducción del placer y el sexo. Cuán importante ha sido el sexo desde el principio de la historia humana como herramienta de seducción, y aún continúa siéndolo.

«Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmudicia de su fornicación» (17:4).

«Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y el tercer ángel le siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero» (Apoc. 14:8-10).

Las armas de la seducción

Esta mujer seduce a las naciones para que adoren y sirvan a la bestia. Detrás del surgimiento del «*hombre de pecado*», el anticristo —además del falso profeta, que promueve el ascenso del anticristo—, está también esta mujer, cuyo propósito es seducir a los hombres, ya no con ideas, sino con ofertas de placer, para que sirvan a la bestia. ¿Qué tipo de seducción promueve ella? Básicamente, la oferta de satisfacer todo lo que el corazón humano desea.

En una palabra, esta mujer representa el mundo. ¿Qué hay en el mundo? «*Los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida*» (1^a Juan 2:16). Es ese sistema corrupto que ofrece la satisfacción de los deseos del corazón humano, ilimitadamente. Pero no lo ofrece gratis, sino a cambio de algo: a cambio de que sometas tu corazón, tu mente y tu alma, vendiendo tu alma al anticristo.

¿Estamos viviendo esos tiempos? Tal vez hoy no estamos bajo una persecución política, aunque hay hermanos que sí están siendo perseguidos. Pero no es la realidad nuestra aún. Estamos experimentando el surgimiento del espíritu del falso profeta y de las ideologías hostiles al cristianismo, pero sí, también, estamos

viendo la oferta ilimitada de seducción del mundo, la gran Babilonia.

¡Cuántos creyentes están atrapados por aquello! Vean lo que dice la Escritura cuando habla del juicio de Babilonia. «*Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto*» (Apoc. 18:4-7).

¿Recuerdan quién dice palabras similares en Apocalipsis 3? Son palabras a una iglesia, donde no se esperaba jamás encontrarlas. «*Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*» (Apoc. 3:17). He aquí una iglesia cautiva por el espíritu de Babilonia, que habla casi las mismas palabras, una iglesia secularizada, cautiva por el mundo, por las ideas de Babilonia y los contratos babilónicos.

El tráfico de almas humanas

Una de las características de Babilonia son sus contratos, sus negociaciones. En el juicio sobre Babilonia, leemos: «*Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol...*» (18:11-12).

¿Quién no querría tener todas estas cosas? «*Y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres*» (v. 13). Vean la última frase: «*y almas de hombres*». Ella busca, sobre todo, adueñarse y traficar con almas humanas. ¿Por qué? Porque en el alma están los deseos del corazón por las cosas materiales. Y, ¿cómo se adueña del alma? A través de aquellos deseos.

Ahora, si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha puesto Dios en el corazón humano, para impedir que estos deseos se enseñoreen del alma? La ley moral. Cuando se pierden los valores y los principios morales, solo quedan los deseos, y ellos

vienen a gobernar la vida humana, de modo que las personas solo viven para satisfacer sus deseos, por haber perdido el conocimiento del bien y del mal. Eso ocurre con la generación actual, a la cual se le arrebató el conocimiento moral.

Hay todo un sistema mercantil que vive de fomentar y satisfacer los deseos, formado por empresas transnacionales, que manejan presupuestos fabulosos, y están aliadas con esta filosofía anticristiana. A ellos les conviene, pues esta ideología busca la destrucción de todo principio restrictivo, lo que significa dar rienda suelta a todos los deseos, y cuanto más cosas se busca satisfacer, más se enriquecen ellos.

La teología de la prosperidad

¿Ha capturado Babilonia una parte de la iglesia? Veamos cómo está funcionando esto. En primer lugar, tenemos la teología de la prosperidad. Grandes sectores de la cristiandad están cautivos de ella. La teología de la prosperidad no es sino la búsqueda de satisfacción de los deseos del corazón humano. ¿Quieres tener un auto o una casa? ¿Quieres tener vacaciones de lujo? Dios te dará todo eso. Babilonia. Por eso, dice: «*Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados*» (Apoc. 18:4).

Hay toda una industria de la entretenición. ¿Saben cómo ésta afecta a

Necesitamos aprender a predicar el evangelio a un mundo que es hostil a la fe, como ocurrió en el primer tiempo.

Hace poco tiempo, un estado se negó a aceptar una ley de matrimonio homosexual. Y, ¿saben qué hicieron las grandes corporaciones? Amenazaron quitar todos sus productos de aquel estado si esa ley no era aprobada. Ese es el mundo en el que estamos viviendo. Grandes poderes económicos aliados con el anticristo, con la bestia, con el falso profeta. Es Babilonia.

la iglesia? Las personas trabajan mucho, en un sistema que las exprime; y, a cambio de eso, este sistema económico les ofrece diversión ilimitada. Si a ti no te gusta una cosa, hay otra. Pero también, si quieres, tienes cine, TV, juegos, etc. La gente está siendo atraída por estas cosas, porque convertirse a Cristo significa que el fin de semana ya no puede dedicarlo a distraerse, porque hay

que reunirse. ¿Cuántos creyentes adquieren una casa en la playa y terminan olvidándose del Señor?

Este sistema corrompe a la iglesia. Todas esas cosas hacen que las personas estén dispuestas en su corazón, seducidas por el mundo y sus ofertas.

Entonces, tenemos estos tres grandes enemigos de la iglesia. Y lo que busca este tercer enemigo es la exaltación de los deseos del corazón, para satisfacerlos con una promesa ilimitada, a cambio de esta forma de idolatría suprema, la exaltación del hombre en el lugar de Dios.

La respuesta de Dios

¿Cuál es la respuesta del Señor a todo esto que ocurre, y que seguirá ocurriendo con mayor intensidad? En Apocalipsis capítulos 2 y 3, cuando el Señor habla a las iglesias, en el versículo final del mensaje a cada iglesia, la respuesta es: «*Al que venciere*».

En un tiempo de oscuridad, de opresión y persecución, el Señor responde levantando a sus vencedores. Éstos no son personas extraordinarias, una élite espiritual, como alguno pudiera pensar, sino hermanos que se mantienen en la normalidad, en la visión de Cristo, en lo que la iglesia realmente es, cuando otros se

apartan. Con ellos, es suficiente para que el Señor responda la amenaza del enemigo.

«Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplará viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios» (Apoc. 7:1-3).

«Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente» (Apoc. 14:1).

¿Recuerdan a la bestia de la tierra, el falso profeta? Su trabajo era poner una marca en la frente y en la mano de cada hombre y mujer. Esto significa cautivar, seducir la mente y llevarla a rendirse al anticristo. Pero aquí tenemos la respuesta de Dios.

Recuerden que hay un misterio de iniquidad, que ya mencionamos;

pero también hay un misterio de Dios operando en el mundo. Este misterio de Dios es la iglesia de Cristo. Eso es lo que Dios está haciendo. Y la iglesia tiene también en su mente una marca: el sello de Cristo, el sello de Dios el Padre. Eso significa que la mente de ellos está cautivada por Cristo; es una mente que le pertenece al Señor.

Corazón, alma y mente

¿Recuerdan cómo el Señor definió la ley? En este tiempo se nos ha dicho que Cristo es nuestro gran amor, el amor de los amores. Y el llamado es a amarle como nuestro primer amor. ¿Cómo se ama a Dios? Jesús, definiendo la ley, dijo: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente»* (Mat. 22:37).

El corazón se refiere a la voluntad, el alma se refiere a las emociones y a los sentimientos, pero también incluye la mente. *«Ellos tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente»*. Son personas que han permitido que su mente sea conformada a la mente de Cristo. Solo si tenemos la mente de Cristo, seremos defendidos de la mente y de las mentiras del diablo. No hay otra manera.

Por eso, Pablo dice en Romanos 12:2: *«No os conforméis a este si-*

glo», a este mundo perverso, engañoso, falso, *«sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento»*. Es decir, todas las ideas, las filosofías y los conceptos del mundo tienen que ser desarraigados de nuestra mente.

Una cosa importante es que esto no ocurre de manera automática. Es necesario participar de manera activa, decidida. ¿Cuántos de nosotros seguimos todavía pensando como lo hace el mundo, con filosofías y creencias del mundo, y las adoptamos como nuestras? No somos conscientes de ello; pero están allí.

La mente de Laodicea

Laodicea pensaba que la prosperidad material era su seguridad. Esa es la mente del mundo, la mente de Babilonia. ¿Cuánta gente vive su vida sirviendo a sus sentimientos? Hoy, las personas ya no dicen: «Yo pienso», porque ya no se cree más en el pensamiento ni en la verdad. Que alguien diga que conoce la verdad, es ofensivo. Entonces, ya no dicen: «Yo pienso», sino: «Yo siento». Claro, ¡quién puede objetar un sentimiento!

Produce risa oír, en películas y series contemporáneas, una especie de máxima suprema en términos de la conducta humana. Cuando hay una crisis y se requiere decidir algo,

siempre se aconseja así: «Sigue lo que dicta tu corazón». Esa es la gran sabiduría. «Sigue tus deseos, sigue tus pensamientos».

La mente de Cristo

Aquellos que son de Cristo, llevan el nombre del Cordero y el de su Padre escrito en la frente. Ellos tienen la mente de Cristo, y tendrán también los sentimientos y los deseos de Cristo. Es la confrontación de dos formas de pensamiento, uno que viene de Dios, y otro que viene del mismo infierno, de Satanás.

En términos prácticos, ¿qué podemos hacer? Se nos dice que, en el tiempo de David, entre los valientes que le ayudaron a conquistar el reino—que justamente están representados en esta figura del monte de Sion y los ciento cuarenta y cuatro mil—había algunos de la tribu de Isacar. Y, ¿saben cuál era el aporte de estos varones? Eran entendidos en los tiempos y en las sazones, y sabían lo que Israel debía hacer.

Necesitamos ser hombres y mujeres entendidos en los tiempos. Jesús dijo: *«Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos*

no podéis!» (Mat. 16:2-3). Son palabras duras del Señor.

Predicando el evangelio

¿Entendemos los días que estamos viviendo? ¿O estamos tan entretenidos, cada cual en lo suyo, que no percibimos el tiempo que nos ha tocado vivir? Ya no existe una sociedad donde los valores cristianos sean aceptados por todos, como ocurría hace unas décadas atrás en el mundo occidental. Necesitamos aprender a predicar el evangelio a un mundo que es hostil a la fe, como ocurrió en el primer tiempo.

Cuando la iglesia comenzó su historia y entró por las calles del imperio romano, se enfrentó a un mundo ajeno a la fe, para el cual Cristo y la palabra del Señor, incluso la existencia de un Dios único, era algo simplemente impensable. Aprendieron a responder, como dice el apóstol, *«para que sepáis cómo debéis responder a cada uno»*, con razones tomadas de la palabra de Dios, conforme a las necesidades de su tiempo. Por eso, la fe prevaleció. Hoy necesitamos de nuevo asimilar esto. Que el Señor nos ayude.

Esa forma de la predicación antigua, es lo que los estudiosos del Nuevo Testamento llaman predicación apologética. Era una predicación que debía confrontar y desarmar los ar-

gumentos de los incrédulos, porque éstos venían de un mundo, de una cultura y una manera de ver la vida, totalmente distintas.

Cuando Pablo predicó en Atenas, lo primero que dijo fue: «Miren, toda esta idolatría, toda esta manera de ver al mundo poblada de dioses, no sirve, es falsa. Hay un solo Dios, un verdadero Dios». Es una predicación que confronta las ideas que gobiernan el mundo. Así ocurrió, y así ocurrirá otra vez.

En un mundo donde la gente cree que la verdad y los valores morales son relativos, tenemos que predicar el evangelio de manera persuasiva. Eso es lo primero; pero no es suficiente. Necesitamos instruir a nuestros hijos, necesitamos fortalecer la verdad de Dios respecto a la familia, el matrimonio y los hijos.

Defendiendo el proyecto divino

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Gén. 1:27). El propósito divino respecto a la humanidad tiene que ver, básicamente, con la identidad sexual de varón y hembra. Si esa identidad esencial es destruida, entonces también se destruye el propósito de Dios para la vida humana. Y eso es lo que está siendo atacado hoy, por la llamada 'ideología de género'.

Necesitamos prepararnos para defender el proyecto divino respecto al varón y la mujer, la familia y los hijos. Es algo que debemos abordar. En los colegios, en la universidad, nuestros hijos serán expuestos a esta ideología, cuyo fin es preparar las mentes para el cambio que se pretende imponer.

El Señor nos socorra, porque es evidente la intencionalidad de cambiar la mente y el corazón de una generación entera. Los hermanos que trabajan en educación saben muy bien que esto ya está en proceso, para arrancar de la sociedad los valores morales cristianos, e implantar un nuevo sistema, de valores anticristianos, contrarios al Señor y a la fe.

Conocimiento del Señor

Necesitamos que el Señor nos ayude en eso. Y, lo más importante, necesitamos, por sobre todas las cosas, ver al Señor, conocer al Señor Jesucristo. El profeta Oseas dice: «*Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento*», conocimiento de la palabra de Dios (4:6). Isaías dice: «*Mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento*» (Is. 5:13). Y se refiere al cautiverio de Babilonia.

Esa es la tragedia, la falta de conocimiento del Señor. Cuando no le co-

nocemos, estamos expuestos. Lo que nos salva es conocerle a él profundamente. Por eso, cuando el Señor habla a las iglesias de Asia Menor, ¿cómo él las limpia y restaura? Revelándose a sí mismo, más allá de lo que ellas tienen en ese momento. A cada iglesia le revela algo de sí mismo que responde a la necesidad particular de ellas.

A unos, él se presenta como *«el que tiene ojos como llama de fuego»*. A otros, *«el que anda en medio de los siete candeleros»*. A otros se les manifiesta como *«el que tiene la espada aguda de dos filos»*. A cada uno le revela algo de su naturaleza, restaurando así la condición de cada iglesia.

Conocer al Señor, es nuestra principal necesidad. Él nos está alertando porque nos ama, así como alertó a las iglesias en el tiempo de Juan. Apocalipsis es un libro de alerta.

El Señor promete que viene, pero nos alerta. *«Este peligro viene en camino. Esto está ocurriendo; esto es lo que vendrá pronto. ¡Prepárense!»*. El Señor nos está preparando en su amor, en su gracia, en su compasión.

Preocupémonos de instruir a nuestros hijos, a nuestros jóvenes, en el conocimiento del Señor. Los jóvenes hoy son el blanco de todo el cambio

cultural que se pretende imponer a la sociedad. Que el Señor nos dé gracia, como iglesia, para hablar la verdad, para no escondernos entre cuatro paredes.

Obedeciendo a nuestra vocación

¿Saben lo que dice la Ley de Culto? La iglesia debe permanecer en la privacidad de sus cuatro paredes. Allí, sus miembros pueden hablar lo que quieran; pero, fuera, no tienen derecho a decir nada. Sin embargo, el mandamiento del Señor dice: *«Lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas»* (Mat. 10:27).

El Señor nos encomienda hacer pública la fe, nos manda a proclamar a todo el mundo quién es Él, cuán grande y glorioso es Él, a predicar su salvación. Es Dios mismo quien nos manda vivir nuestra fe públicamente, no en secreto.

No podemos desobedecer al Señor. Por más que vivamos en una sociedad que quiere privatizar la fe, no lo podemos aceptar. Necesitamos que el Señor nos haga valientes.

Cada uno de nosotros hoy día es un misionero, un enviado del Señor allí donde esté, en un mundo extremadamente oscurecido. Allí cada uno debe hacer pública su fe. *«Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder»* (Mat. 5:14).

¿Saben lo que hizo Pablo, el apóstol de Jesucristo? Él fue a predicar al centro del pensamiento cultural de su tiempo, el ágora de Atenas. En aquel lugar público era posible encontrar a todos los grandes pensadores y filósofos de la época; era el espacio donde se definía el pensamiento que regía la sociedad de aquel entonces. Allí se puso en pie

Pablo, siervo de Jesucristo, y dio testimonio de su fe, sin temor.

Así debemos hacer hoy, continuar ese camino. No tenemos de qué avergonzarnos. Tenemos que ser testigos de Jesucristo, hasta el final. Que el Señor nos socorra a todos.

Síntesis de un mensaje oral impartido en El Trébol (Chile), en enero de 2017.

En manos del alfarero

Un pedazo de barro fue puesto en la rueda del Alfarero, feliz de estar en manos de alguien tan hábil, para ser moldeado. Cuando la rueda empezó a girar, el barro gimió al ser comprimido. Finalmente, la rueda se detuvo, y el artista afirmó: «¡Es perfecto!». El barro, ahora un bello vaso, suspiró feliz: «¡El Maestro dice que soy perfecto!».

Después de dejarlo por un tiempo en una repisa, el Alfarero lo tomó otra vez y lo dio a un siervo, diciéndole: «Ten cuidado con él, porque es perfecto». El criado lo puso en el horno. A medida que aumentaba el calor, el vaso clamaba en agonía. Luego, fue llevado de nuevo ante el Maestro, quien lo examinó y repitió: «¡Es perfecto!».

Sin embargo, ahora fue cubierto de esmalte y sometido de nuevo al calor, donde, con desesperación, pensaba cuándo terminaría aquel doloroso proceso. Al ser retirado del horno, el vaso lucía un blanco resplandeciente. El Maestro lo miró, diciendo: «¡Es perfecto!». Luego comenzó a pintarlo, y el vaso se entristeció, porque su blancura desaparecía. Entonces fue otra vez al fuego, y al ser retirado de allí, el Alfarero volvió a exclamar: «¡Es perfecto!».

Entonces, el Alfarero trazó sobre él líneas y diseños en tono oscuro, que parecían arruinar la labor anterior, y una vez más, lo llevó al fuego. Esta vez, el calor fue mayor y el proceso más largo. Al final, el vaso fue extraído del fuego y, delante del Maestro, las líneas oscuras mostraron el color del oro. El Señor lo examinó con una sonrisa de satisfacción, y dijo: «¡Está terminado; es perfecto!». Lo puso entonces en un lugar destacado en su propio palacio, donde muchos lo contemplaron, dando honra y gloria al Maestro que ejecutara tan bella obra.

À Maturidade

El hecho de dejar de congregarse constituye también una forma de apostasía.



Deserción y apostasía

C.H. Spurgeon

Ningún mal que pudiera recaer sobre las iglesias es más lamentable que el que proviene de la deserción de sus miembros. La mayor tristeza que pudiera oprimir el corazón de un pastor es la que procede de la perfidia de su amigo más íntimo. La peor calamidad que la iglesia pudiera temer no es la que viene del asalto de los enemigos que están afuera, sino de los falsos hermanos que están dentro.

El hermano Benjamín Keach (1640-1704), aunque fue arrestado, llevado ante los magistrados y obligado a sufrir por causa del evangelio que publicaba, descubrió que era más fácil enfrentar el rudo trato de los enemigos declarados, que soportar las penas del amor herido o sufrir el golpe de una confianza traicionada.

No creo que su experiencia haya sido muy excepcional. Otros santos habrían preferido ser el blanco de la burla de los aldeanos que de la hostilidad de los calumniadores. El demonio mismo no es un enemigo tan sutil para la iglesia como Judas, cuando, después del bocado, Satanás entró en él. Judas era amigo de Jesús. Jesús se dirigía a él como tal. Y Judas dijo: «¡Salve,

Maestro!». Y le besó. Pero Judas le traicionó. Ese es un cuadro que podría horrorizarte.

Entre los muchos que se incorporan a la iglesia, hay algunos que desertan. Continúan por un corto espacio de tiempo y luego regresan al mundo. La razón principal por la que se van es una evidente inconsistencia. «*Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros*» (1ª Juan 2:19). Los no convertidos no son una pérdida para la iglesia cuando se marchan.

Cristo mantiene siempre activo su aventador. Su propia predicación pasaba constantemente a sus oyentes por el cedazo. Algunos eran dispersados por el viento, porque eran paja. No creían realmente. Por el ministerio del Evangelio y por los arreglos del gobierno divino, lo precioso es separado de lo vil y la plata es limpiada de la escoria, para que la buena simiente y el metal puro permanezcan y sean preservados.

La pregunta planteada por el Señor a sus doce escogidos, revela un mayor grado de dolor que de pasión: «*¿Queréis acaso ir os también vosotros?*» (Juan 6:67). Yo me hago la misma pregunta, y también a quienes son líderes de la iglesia, y a cada uno de sus miembros: «¡Cómo! ¿Te

vas? ¿Tienes intención de volverte? ¿Quieres irte?».

Veámoslo de manera indirecta: ¿Quieren acaso irse *también* ustedes? «También» significa: igual que otros. ¿Por qué otros se van? Si tuvieran una buena razón, tal vez hubiese motivo para seguirles. Hay muchas causas o excusas. ¿Por qué otros renuncian a la profesión de fe que una vez abrazaron? La razón básica es la carencia de fe real. Sin embargo, quiero hablar de las razones externas que exponen la apostasía interna del corazón.

¿Por qué algunos abandonan a Cristo?

Ofendidos por el Evangelio

Hay, en estos días, personas, como las hubo en tiempos del Señor, que se apartan de Cristo porque *no pueden tolerar su doctrina*. Nuestro Señor había declarado la necesidad de que el alma se alimentase de él. Ellos tal vez no comprendieron bien su lenguaje, pero se ofendieron por su declaración. Entonces, ya no andaban con él.

Hay muchos puntos en los que el Evangelio es ofensivo para la naturaleza humana y repulsivo para su orgullo. No es su fin agradar al hombre. ¿Por qué Dios habría de idear un Evangelio que satisficiera los ca-

prichos de nuestra naturaleza humana caída? Dios tenía el propósito de salvar a los hombres, pero nunca tuvo el propósito de complacer sus depravados gustos; más bien, él pone el hacha a la raíz del árbol y derriba el orgullo humano.

Cuando se predica sobre la humillación, algunos dicen: «Ah, yo no concuerdo con eso». ¿Qué dices tú, hermano, a las demandas del Evangelio? Si descubrieras que la palabra de Dios censura tu placer favorito, o contradice tus ideas, ¿te ofenderías y te irías? No; si tu corazón fuese recto para con Cristo, estarías preparado a dar la bienvenida a toda su enseñanza, y a obedecer todos sus preceptos.

Basta con que se compruebe que es la enseñanza de Cristo, para que el creyente real esté dispuesto a recibirla. Él aceptará de inmediato lo que es transparente en el texto bíblico. En cuanto a lo que es inferido y argumentado a partir del sentido general de la Escritura, el corazón sincero no se apresurará a rechazarlo, sino que lo investigará con paciencia, como los de Berea, que *«eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así»* (Hech. 17:11).

¡Oh, que la palabra de Cristo habite ricamente en nosotros! Que ninguno de nosotros se aparte ofendido por causa de la santa enseñanza. Hemos de estar siempre dispuestos a creer lo que él dice y prestos a hacer lo que él manda. *«Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado»* (Mateo 28:19-20).

Como discípulos de Jesús, sigamos adelante, oyendo atentamente su voz, siguiendo sus pasos y considerando su voluntad revelada como nuestra suprema ley. Lejos esté de nosotros que nos volvamos, que nos desconsolemos o que lo abandonemos porque nos hayamos ofendido por sus doctrinas.

Buscando ganancias

Otros abandonan al Salvador *motivados por las ganancias*. Muchos son atrapados en esa red. Si quieres hacer dinero —y no tiene por qué haber nada pecaminoso en eso— hazlo honestamente; nunca te permitas ir en pos de las riquezas bajo la pretensión de fe.

Vende tus productos en el mercado, pero no vendas a Cristo, ni aceptes el trueque de una primogenitura celestial por un soborno desprecia-

ble. Pon los bienes que quieras en la vitrina de tu tienda, pero no pongas una expresión hipócrita en tu rostro, con miras a convertir en ganancia la piedad. ¡Dios nos salve de tal villanía!

¿Se unirá alguien a una iglesia por la respetabilidad que eso implica, por la posición que pudiera darle o por el crédito que pudiera generarle? Pronto descubrirá que no responde a su propósito. Entonces se irá. La probabilidad más grave es que sea echado fuera vergonzosamente.

Miedo a la persecución

Algunos abandonan a Cristo y se van, por temor a la persecución. Hoy se supone que no existe tal cosa; pero el acoso, la crueldad y la opresión están lejos de ser obsoletos. Esposos impíos obran como pequeños tiranos, y no permiten que sus esposas gocen de la fe, y más bien amargan sus vidas con una esclavitud irritante. Los patrones con frecuencia infligen males sobre sus siervos cuya piedad para con Dios es su único motivo de ofensa.

Hay hombres que se creen inteligentes pero no pueden permitir que sus compañeros de trabajo tengan libertad para ir a una iglesia sin burlarse de ellos. Consideran que es una diversión acosar a un hombre que se preocupa por la salvación de su

alma. Dios nos conceda la gracia para soportar persecuciones como éstas. Aunque nos hieran, que aprendamos a tolerarlas y aun regocijarnos por ser considerados dignos de sufrir por causa del Salvador.

El verdadero valor se fortalece con la oposición. No pienses nunca en desertar del ejército de Cristo. Mucho menos debes hacer el papel de cobarde debido a la insolencia de algún ofensor. Tu fe no ha de ser vencida por tales burlas. ¡Ay, que tantos espíritus cobardes se hayan ido por causa de la tranquilidad carnal, y hayan abandonado a Cristo cuando Su amado nombre se convirtió en la broma del borracho y la burla de los necios!

Inconstancia

Hay gente que abandona la fe por pura liviandad. Hay quienes, con respecto a la fe, naufragaron en circunstancias al parecer favorables, libres de problemas, exentos de tentación. No hubo nada que despertara una ansiedad por ellos, y con todo, se han hundido de pronto. Nos quedamos asombrados. Sus oraciones habían sido fervorosas. Sin embargo, la vida de Dios no podía haber estado en su alma, pues fueron impenitentes hasta el fin.

Solo puedo atribuir tales casos a una suerte de liviandad que puede ser

cautivada con un sermón, o con una obra de teatro, y siguen ávidamente la excitación del día, una cosa tras otra y nada perdurable. Profesan impulsivamente la fe, si bien no la abrazan, y luego, sin molestarse a renunciar a ella, caen en la infidelidad. Son hechos de cera, lo suficientemente blandos y maleables para que se les pueda dar cualquier forma.

Los que pertenecen a ese género brotan de pronto y súbitamente se marchitan. Apenas ha sido sembrada la semilla y ya sale el brote. Pero, tan pronto sale el sol con su calor ardiente, puesto que no hay tierra, la semilla se marchita. La carencia de principios es mortal, pero esa carencia es muy común. No dejes de

del pecado fascinan sus mentes por un tiempo, al punto de que sacrifican sus almas en medio de la vanidad. Por una diversión desenfrenada, o por un goce transitorio que no resistiría la crítica, han renunciado a los goces duraderos, a las esperanzas inmortales que nunca fallan, y han dado la espalda al bendito Salvador que da y fomenta el anhelo por dichas de gloria plena.

Frialdad

Tenemos una dolorosa evidencia de que un gran número de personas se enfría gradualmente. Los reportes de ausencias reiteran vanas excusas presentadas para la inasistencia. Uno tiene muchos hijos. Para otro, la distancia es muy grande. Pero,

El verdadero valor se fortalece con la oposición. No pienses nunca en desertar del ejército de Cristo.

orar pidiendo ser arraigado y cimentado, establecido y edificado en Cristo, de manera que cuando vengan ríos y soplen vientos, no caigas como aquella casa que fue edificada sobre la arena.

Sensualidad

Otros abandonan a Cristo por causa de los goces sensuales. Los placeres

cuando ellos se unieron a la iglesia, la familia era igualmente grande y la distancia era la misma.

No obstante, los cuidados del hogar se vuelven más tediosos cuando el interés por la fe comienza a flaquear; y la fatiga del viaje aumenta cuando el celo por la casa de Dios vacila. Esas personas se están en-

friando. No podemos detectar una transgresión real, pero hay un deterioro gradual. Le tengo pavor a esa frialdad de corazón; se introduce en todo el cuerpo de manera sutil y sin embargo muy segura.

No estoy diciendo que sea más grave que el pecado descarado. No puede serlo. Sin embargo, es más insidiosa. Una delincuencia flagrante alarmaría como un infarto alarma a un paciente; pero un lento proceso de rebeldía podría introducirse sutilmente como una parálisis en una persona, sin despertar sospechas.

Es como el sueño que les sobreviene a los hombres en las regiones polares, que si cedieran a él, no se despertarían nunca más. ¿Acaso no sucede así con algunos? Quien pierde su riqueza poco a poco, entra pronto en quiebra, y el descubrimiento es doloroso cuando llega el fin. ¡Cuán miserable será la bancarrota espiritual para quien desperdicia gradualmente su propiedad celestial, si alguna vez la tuvo! ¡Dios nos preserve de tal catástrofe!

Prosperidad

Otros abandonan a Cristo porque se han vuelto prósperos. Desde que la fortuna les ha sonreído y han cambiado su residencia, se sienten obligados a moverse en otro círculo. Son demasiado respetables para entrar

en la pequeña asamblea. Pienso que no hay que lamentar su partida. Cuando se van, no representan ciertamente ninguna pérdida para nadie. Nos lamentamos por ellos como lo haríamos por Demas o Judas.

Los que tienen principios verdaderos, cuando progresan en el mundo, ven mayor razón para gastar su riqueza y su influencia en ayudar a la buena causa. Los principios prevalecerían sobre la táctica hasta el fin, si en sus corazones creyeran la verdad que es en Jesús. No sería ninguna deshonra para un príncipe ir y sentarse al lado de un indigente, si ambos fueran verdaderos seguidores de Jesucristo.

En la antigüedad, cuando los santos se reunían en guaridas de la tierra, se juntaban el potentado y el humilde, el esclavo y el libre. Venían y se sentaban allí, iluminados por una débil luz, para oír mientras un varón descalzo pero instruido por el cielo, declaraba el evangelio de Jesús con el poder del Espíritu Santo.

Estoy seguro que eran analfabetos, pues al mirar los monumentos que hay en las catacumbas es raro dar con una inscripción que esté bien escrita. Aunque es evidente que los primeros cristianos eran hombres sin letras, con todo, quienes eran grandes y nobles no desdeñaban

unirse a ellos, ni tampoco lo harían ahora si la luz del cielo brillara y el amor de Dios ardiera en sus corazones.

Doctrinas perniciosas

Una doctrina errónea ocasiona que muchos apostaten. Hay siempre abundancia de aquello, que ronda por doquier. Los embaucadores engañarán a los débiles; y algunos han sido apartados por la duda. Comienzan leyendo con precaución obras con miras a responder al escepticismo. Leen un poco más y se sumergen más en el turbio torrente, porque se sienten capaces de oponerse a la mala influencia, hasta que al fin se quedan perplejos.

Ellos no acuden a quienes podrían ayudarles con sus escrúpulos, sino que continúan a la deriva hasta que pierden su punto de apoyo, y aquel que decía ser un creyente termina dudando aun de la existencia de Dios. ¡Oh, que aquellos que son bien instruidos se contentaran con su enseñanza! ¿Por qué inmiscuirse en herejías? ¿Qué pueden hacer sino contaminar sus mentes? Cuando comienzas a leer un libro y lo encuentras pernicioso, deja de leerlo.

Que aquellos que puedan disfrutar ese tipo de alimentos se queden con ellos. Sigue con el estudio de la Palabra de Dios. Si fuese tu deber de-

nunciar estos males, enfréntalos valerosamente, con oración a Dios. Pero si no, como un humilde creyente, ¿qué tienes que hacer probando esa comida tan nociva cuando es expuesta en el mercado?

¿Qué ocurre con los que se apartan?

Infelicidad

Los que se apartan de la comunión, ¿qué será de ellos? Si son hijos de Dios, yo les diré qué será de ellos, pues lo he podido ver infinidad de veces. Aunque ellos se aparten, no son felices. No pueden descansar, pues son miserables aun cuando procuren estar alegres. Después de un tiempo comienzan a recordar su primera condición, pues entonces les iba mejor que ahora.

Regresan; pero muchos de ellos nunca son lo que fueron antes. Tienen que asumir un segundo lugar entre sus pares.

Y aun si la gracia soberana bendijera su dolorosa experiencia como para ser restaurados plenamente, no pueden mencionar jamás el pasado sin lamentarlo amargamente. Con su desvío sirviendo como faro para otros, les dirán a los jóvenes: «No hagan nunca lo que yo he hecho; de ello no proviene ningún bien, sino solo males».

Pérdida de la conciencia

Sin duda, algunos de ustedes, cuando vivieron en el campo, solían llegar puntuales a sus acostumbrados lugares de culto; pero desde que vinieron a Londres, donde su ausencia de cualquier templo pasa inadvertida, raramente entran en los atrios de la casa del Señor; y no habrían estado aquí hoy a no ser por algún incentivo especial: algún pariente o algún amigo particular que los haya traído.

Aunque sea desconocida para mí, Dios explora tu senda. Bien, tú estás aquí, y con todo, pudiera ser que fuera para escaso beneficio. Has recibido consejos y advertencias con tal profusión que amonestarte sería como derramar aceite sobre una plancha de mármol. ¡Si Dios, por su omnipotente misericordia, no quebrantara tu obstinado corazón, no habría ninguna esperanza para ti!

Tales personas frecuentemente pierden toda conciencia. Pueden llegar bastante más lejos que cualquier otra persona hablando en contra de la fe. Algunas veces se aventurarán a decir que saben tanto al respecto que podrían exponerlo. Su jactancia y su amenaza son igualmente sin ningún significado; pero así como los muchachos silban para darse valor cuando caminan a través de un lu-

gar oscuro, así su vana plática y sus historias sin sentido traicionan su miedo sofocado. Hablan de Dios desdeñosamente, mientras se justifican a sí mismos en una trayectoria en la que su propia conciencia los censura.

¡Ay!, algunos de ellos regresan para comprobar que son los pecadores más abandonados en el mundo. La materia prima con la cual el diablo construye la red más letal es la que se suponía era la sustancia más santa. No podría haber habido un Judas que traicionara a Cristo, si no hubiese sido distinguido primero como un discípulo que se aventuró a besar a su Maestro. Tienes que sacarlo de entre los apóstoles para hacer a un apóstata.

Así como los cabecillas de una transgresión desenfrenada, cuando son convertidos, a menudo se convierten en los mejores predicadores del avivamiento, así aquellos que parecieran ser los más leales súbditos de Cristo, cuando se convierten en renegados, demuestran ser los enemigos más encarnizados y los pecadores más negros.

Perdón y restauración

Estando aquí ahora, me vienen a la mente cosas que atormentan mi alma. ¡Que Dios me conceda que no vea a nadie parecido a ellos de nue-

vo! Muchísimos de ellos se van y entran en desesperación. No ha de sorprendernos que un hombre se ahorque si después de haber visto a Cristo a la cara y de haberle besado, le traiciona y le crucifica de nuevo. Comer a la mesa del Señor, beber de esa copa de bendición, tener compañerismo con los santos, unirse a sus oraciones y a sus himnos, profesar ser un discípulo de Cristo, y luego volverse y no andar más con él, es aventurarse en un curso que conlleva un peligro que no es ordinario.

Mientras haya vida, hay esperanza. Jesucristo puede perdonarte. Regresa a él. Él puede limpiarte aunque tu pecado sea como la grana. Pero, ¡oh!, no lo tomes a la ligera, no te tardes. No te demores por más tiempo en tu presente condición; de lo contrario, pudiera ser que colmes la medida de tus iniquidades antes de que te des cuenta, y podrías gustar, aun en este mundo, algún comienzo de la ira venidera.

¡Cómo algunos son conducidos a la desolación en un breve instante! ¡Que el Señor se apresure a liberarlos! ¡Que extienda su mano y los reciba! Yo solo puedo llamarlos. Parecieran haber llegado a un punto donde no puedo alcanzarlos. No se aventuren a dar un paso más adelante en ese peligroso camino. Mi-

ren a Jesús; él puede redimir sus vidas del pozo del abismo por su gracia soberana, y solo él puede hacerlo. Luego, como ovejas descarriadas llevadas de regreso al redil, adorarán su nombre.

¿Por qué no irse también?

Nuestro tercer punto es éste. Si fuéramos dejados a expensas de nosotros mismos, no podría decirles ninguna razón por la cual no nos iríamos como se han ido ellos. Tampoco podría decirles, en verdad, por qué el mejor varón aquí presente no podría ser el peor individuo antes que amaneciera el día de mañana, si la gracia de Dios lo dejara.

Un cimiento firme

Quedarse con Cristo es nuestra única seguridad, y confiamos que nunca nos apartaremos de él. Pero, ¿cómo podemos asegurarnos de esto? Lo importante es tener un fundamento real en Cristo para comenzar: fe genuina. El cimiento es el primer asunto que debe ser atendido cuando se edifica una casa.

Con un mal cimiento no se puede tener una casa sólida. Se requiere de un fundamento firme, de bases adecuadas, antes de proceder a poner la estructura superior. Si su fe es una farsa, pídanle a Dios que puedan descubrirlo ahora. A menos que en

sus corazones haya un genuino arrepentimiento, y a menos que estén completamente arraigados y cimentados en la fe, pueden tener alguna causa para sospechar la realidad de su conversión y la veracidad de la operación del Espíritu Santo en ustedes. Que Dios obre en ustedes un buen principio, y luego podrán tener la plena seguridad de que él perfeccionará Su obra hasta el día de Jesucristo.

Confiado en el Señor

Recuerden, también, hermanos, que si quieren ser preservados de caer, deben seguir siendo humildes delante del Señor. Cuando estás a media pulgada del suelo, estás media pulgada demasiado altos. Tu lugar ha de ser nada. Confía en Cristo, no en ti mismo. Confía en el Espíritu de Dios, pero no confíes en ninguna otra cosa que esté en ti mismo; no, no confíes en una gracia que hayas recibido, ni en un don que poseas.

Los que caminan en humildad no resbalan, los que dependen por entero de Dios están siempre seguros. Sé celoso de tu obediencia; sé cuidadoso; tu caminar y tu conversación no pueden ser demasiado precavidos. Muchos se pierden por ser muy descuidados, pero nadie lo hará por ser demasiado escrupuloso.

Los estatutos del Señor son tan rectos que no puedes descuidarlos sin apartarte de la senda de rectitud. Vigila y ora. Que Dios te ayude a vigilar, o de otra manera te adormecerás. No descuides nunca la oración. Eso está en la raíz de cada deserción. El retroceso comienza comúnmente en el aposento de oración. Restringir la oración es matar el propio pulso de la vida. «Velad en oración».

Les imploro, queridos amigos, que eviten la compañía que ha descarriado a otras personas. No conversen con aquellos cuyos chistes son profanos. Manténganse lejos de ellos. No les corresponde a ustedes ser vistos con hombres de modales relajados y conversación lasciva. No pueden hacerles ningún bien, pero el mal que podrían traer sobre ustedes no sería fácil de calcular.

El hombre que es cuidadoso de no correr ningún riesgo y de refrenarse de toda conducta equívoca, teniendo el temor de Dios en su corazón, es confiable. Si realmente estás edificado sobre la Roca de la Eternidad, puedes enfrentar la pregunta: «¿Queréis acaso irs también vosotros?», y responder sin presunción: «No, Señor, no puedo irme, y no me iré; pues, ¿a quién iré? Solo tú tienes palabras de vida eterna».

BIBLIA

Claves para el estudio de la Palabra

Santiago

A.T. Pierson

Palabra clave: Obras

Versículo clave 2:26

Esta es la epístola del vivir santo. Coloca un gran énfasis en las obras, no aparte de la fe, sino como prueba y fruto de ésta. Se opone al antinomianismo¹. Existe un lado moral en el evangelio. El discípulo está bajo la ley aunque es justificado por la fe. La obediencia a la fe es su lema. Donde habita interiormente la gracia, habrá un templo purificado de toda impureza.

El autor es, sin duda, Jacobo, anciano de la iglesia en Jerusalén, conocido por su piedad práctica. Se dice que sus rodillas estaban encallecidas por su constante intercesión. Él recibió el título no solo de Justo, sino también de «columna del pueblo».

La epístola, dirigida a las tribus de la dispersión, tiene un aire de autoridad patriarcal, como de un padre de la iglesia. Ella es totalmente hebraica en la forma de los pensamientos, sentimientos y lenguaje. Más que cualquiera otra, esta epístola trata de la vida exterior. La palabra de Dios es un espejo para mostrarnos qué tipo de hombres somos, y para influir sobre el carácter y la conducta.

El único oyente verdadero de la Palabra es aquel que la practica. La vida es el escenario donde se desarrollan

las tentaciones, exigiendo lucha y resistencia heroica. Los planes de negocios deben expresar solo la realización práctica de la voluntad de Dios – una vocación, no un pasatiempo.

Debemos exhibir un tipo de carácter no mundano, evitando no solo la amistad del mundo, sino también su contacto contaminante. Por otro lado, debemos cultivar la comunión cristiana, no haciendo acepción de personas y refrenando la lengua. Toda real gracia interior produce fruto exterior: sabiduría de lo alto, y fe. La ley del amor hace que la oración sea poderosa y produzca resultados.

Pablo y Santiago no se contradicen. Ellos no están enfrentados cara a cara, en mutua oposición, sino hombro a hombro, luchando contra enemigos comunes.

¹ (Gr. *anti* = contra, y *nomos* = ley). Es la práctica de vivir sin considerar la justicia de Dios, usando la gracia como licencia para pecar.

Un grito del alma

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

El Salmo 51

El Libro de los Salmos contiene siete de ellos designados, de manera muy adecuada, *salmos penitenciales*. Son el 6, el 32, el 38, el 51, el 102, el 130, y el 143. Cinco de éstos son atribuidos a David: los primeros cuatro y el último. Entre todos ellos, el 51 es central y supremo como salmo de penitencia.

Dice su encabezado: «*Al músico principal. Salmo de David, cuando después que se llegó a Betsabé, vino a él Natán el profeta*». Podemos aceptar que dicha descripción coloca correctamente el salmo en la vida de David. Fue escrito en relación con lo que, juzgado por normas humanas, fue el borrón más negro sobre su escudo de armas.

Cuando digo juzgado por normas humanas, quiero decir que algunos pecados del espíritu son más terribles que los de la carne; más reprobables

para el alma del hombre. Es éste, entonces, el salmo arrancado del corazón de David, en relación con esa hora sombría. Es una revelación importante del hombre.

Un hombre conforme al corazón de Dios

La historia se encuentra en el segundo libro de Samuel, en los capítulos 11 y 12. De esa historia, deseo seleccionar tres frases: Natán, dirigiéndose a David, le dijo: «*Tú eres aquel hombre*». David respondió: «*Pequé contra Jehová*», y Natán volvió a decir: «*También Jehová ha remitido tu pecado*». Cuando el profeta acusó de pecado a David de una manera directa, él confesó; y sobre la base de esa confesión, y con igual presteza, respondió el profeta: «*También Jehová ha remitido tu pecado*».

El agrupamiento de estas frases nos descubre a David y nos lo muestra como un varón conforme al corazón

de Dios. Tal afirmación puede parecer de momento alarmante. Sin embargo, recordemos los hechos y circunstancias de la vida de aquel tiempo. Cuando nos colocamos en medio de esa época y recordamos las relaciones entre reyes y súbditos, entonces nos damos mejor cuenta de que lo que hizo David, fue algo sorprendente; y la sorpresa sube de punto cuando, recorriendo la historia humana, presenciamos las actitudes y la conducta de otros reyes.

¿Cuándo ha acontecido esto, antes o después? María, Reina de Escocia, hubiera declarado que ella estaba por encima de la Ley; Carlos I hubiera arrojado a Betsabé; Jaime II hubiera alquilado testigos para que desmintieran lo que ella era; Carlos II hubiera abrogado públicamente el séptimo mandamiento; la reina Elizabeth hubiera suspendido en sus funciones a Natán.

David confesó: «*He pecado*». Y agregó estas otras palabras muy dignas de nuestra consideración: «*contra Jehová*». Esta fue la nota más profunda de este salmo. Todo él constituye una interpretación del sentido espiritual que encontró expresión en las palabras dichas a Natán.

Oración de confesión y súplica

Al examinar el salmo notamos, en primer lugar, su estructura. Tal como lo tenemos en nuestras versiones,

consta de diecinueve versículos. En el hebreo tiene cuatro estrofas y cuatro tiempos distintos. Los primeros cuatro versículos forman la primera estrofa; la segunda, del 5 al 9; la tercera, del 10 al 14; y la última, del 15 al 19.

La primera estrofa trata del pecado con relación a Dios; la segunda, del pecado con relación al pecador; la tercera es una gran apelación; y la cuarta es una apelación ulterior reconociendo una más vasta aplicación del pecado, y la liberación de él realizada en otros, además del pecador.

Todo el salmo está en forma de oración; oración usada como confesión y súplica. Podemos notar, hablando en términos generales, que David no promete a Dios nada. No hace ninguna promesa de enmienda; se arroja por completo en la misericordia de Dios.

Un grito del alma

«*Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones*». Cuando leemos estas palabras, recordamos la ocasión cuando fue dada la Ley, tal como lo tenemos narrado en el libro del Éxodo, y cómo en aquella ocasión Jehová proclamó Su nombre, y refiriéndose a sí mismo dijo que es un Dios compasivo y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad. Con

estas ideas de Dios en mente, David hizo su petición.

Este grito fue arrancado de su alma como resultado de la conciencia de su pecado delante de Dios. Usa tres expresiones: «*mis transgresiones... mi iniquidad... mi pecado*». Al hacerlo, no estaba repitiendo el mismo pensamiento tres veces. Cada palabra tiene un significado particular.

«*Transgresión*» se refiere a rebelión y desobediencia definidas. Eso es lo que resalta en primer lugar en su conciencia de pecado, algo que incluye delito. Puede haber pecado que no incluye el elemento de delito. Cuando un hombre hace algo contrario a la voluntad de Dios, por ignorancia, no hay culpabilidad, aunque hay pecado. Las primeras palabras de David señalan y confiesan que su acción fue de desobediencia voluntaria, y en consecuencia, fue culpable.

La palabra «*iniquidad*» describe el resultado de la rebelión que es perversión o corrupción. Como consecuencia de su transgresión, él mismo fue pervertido y manchado.

La última palabra, «*pecado*», incluye todo el hecho. Expresa el sentido de fracaso y de ruina. David estaba encarándolo todo en una forma triple, diciendo: «En efecto, yo desobedecí con plena conciencia; por consiguiente, estoy pervertido y manchado; y por lo tanto, soy un culpable.

La necesidad del pecador

Ahora obsérvese lo que él buscó. De la misma manera que usó tres palabras para describir la conciencia de su condición, usó tres frases para expresar la conciencia de su necesidad: «*Borra mis rebeliones ... lávame ... límpiame*». La palabra hebrea «*borra*», en su uso figurado, considera el pecado como una deuda, y como una deuda registrada en algún documento. La petición es en el sentido de que tal deuda escrita sea borrada.

El significado literal de la palabra hebrea traducida como «*lávame*» es restriégame. Entenderemos mejor esto si recordamos la manera oriental de lavar las prendas de vestir. La tela era restregada hasta hacer desaparecer las manchas; en este sentido, la traducción «*lávame*», es perfectamente correcta y no puede ser mejorada. Si el primer grito pide que se borre la deuda; el segundo, el lavamiento, que quite la contaminación.

Cuando llegamos a la palabra «*límpiame*», nos encontramos en la presencia de algo que capta nuestra atención. Edersheim dijo que es imposible expresar con perfecta exactitud el valor del término hebreo, porque no tenemos palabra en nuestro idioma que corresponda exactamente. Agrega que la única palabra que de una manera literal pudiera repre-

David tuvo conciencia de que no podría haber liberación ni limpieza, hasta que confesara y reconociera, sin reservas, el hecho de su pecado.

sar la idea, es la palabra «sin pecado». De donde David buscaba una limpieza completa, de tal manera, que tanto el hecho, como la consecuencia del pecado, fueran cancelados enteramente. No solo que la deuda sea borrada y que la mancha sea quitada, sino que la personalidad quede absolutamente libre de toda forma de pecado.

Reconocimiento y confesión

Ahora consideramos la base sobre la cual David hizo su petición. La primera palabra que usa es una muy pequeña: «porque»; lo que nos muestra que estaba procediendo de la petición al argumento. Hasta aquí, había apelado a la misericordia y a la benevolencia amorosa de Dios, para que borrara sus transgresiones, lo lavara enteramente, quitara de él hasta la sombra de su pecado. Ahora expone la base de su petición: *«Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí»*.

Su petición para que Dios obrase, estaba basada en el hecho de que había confesado su pecado. La palabra hebrea traducida como «reconozco», significa literalmente, lo conozco, lo confieso, no intento esconderlo.

Otro de los salmos penitenciales, el 32, atribuido también a David, describe su experiencia antes de llegar a ese reconocimiento: *«Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano»*. Luego agrega: *«Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado»*.

Es evidente, entonces, que David tuvo conciencia de que no podría haber liberación ni limpieza, hasta que confesara y reconociera, sin reservas, el hecho de su pecado.

Esto nos lleva a un asunto de mucha importancia, el de la confesión del pecado. ¿Cuándo llega a ser de positivo valor la confesión del pecado? Podría decirse que cuando se confiesa a un sacerdote. No necesito discutir esa opinión por ahora. Se dice también que la confesión llega a ser positiva cuando se hace a la persona a quien se ofende. Esto puede ser una necesidad dura, pero no es suficiente.

¿Entonces será acaso cuando nos confesemos los unos a los otros? Esto no tiene valor alguno, a menos que la confesión sea precedida por algo más profundo. Por supuesto, la respuesta desde luego obvia, es que la confesión llega a ser de valor cuando es hecha a Dios; y eso nos conduce a encarar el hecho de que la confesión hecha a Dios tiene valor solo después de que nos la hemos hecho a nosotros mismos. David dice: «*Mi pecado está siempre delante de mí*». La hora de la limpieza moral y de la renovación llega, cuando el hombre, dejando a todos los otros fuera, se dice a sí mismo: «*Pequé*».

El pecado es contra Dios

Y todavía mirando el asunto más cuidadosamente, encontramos que cuando David estaba confesando su pecado en la presencia del Señor, lo hacía reconociendo que, en último análisis, el mal que había hecho iba directamente contra Dios; es aquí cuando exclama: «*Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos*».

Este concepto ha sido atacado, lo cual es perfectamente natural. Se dice: ¿No había pecado David contra Betsabé? En cierto sentido así fue, pero, en realidad, había pecado con Betsabé. Es muy cierto que un hombre peca contra una mujer cuando la seduce, pero es igualmente cierto

que en la mayoría de los casos pecan juntos.

Pero, ¿es que David no pecó contra Urías? Indudablemente que lo hizo, pero debe reconocerse al menos que su pecado contra Urías fue heroico y tremendo. Como resultado de su falta se abrían dos caminos ante Urías; el uno era el de descubrir el pecado, la agonía que eso le hubiera causado, y el haber contemplado a Betsabé muerta a pedradas. El otro, el de morir como un soldado en el lugar de mayor peligro en el campo de batalla; y David escogió para Urías lo último.

Pero ahora, en la presencia de Dios, David ha llegado a la conciencia del hecho de que, al final de cuentas, el pecado es contra Dios; que cuando un hombre hace mal a una mujer, hace daño a Dios; que cuando hace mal a un hombre, la agonía última no la siente el hombre a quien se ha ofendido, sino la siente Dios en el mismo corazón.

Este es el sentido más profundo del pecado. Fue esto lo que hizo a Pablo calificarse a sí mismo como «el primero de los pecadores». David sabía que había causado mal a Betsabé y a Urías, pero comprendió que, en último análisis, había hecho daño a Dios. Terminó esta estrofa declarando que había hecho esta confesión a fin de que Dios pudiera ser vindicado, tan-

to en Su justicia como en Su misericordia.

La segunda estrofa comienza en el versículo 5 y termina en el 9. Obsérvese cuidadosamente cómo comienzan los versículos 5 y 6. Ambos se inician con la palabra: «*He aquí*», y en los dos hay dos hechos manifestados: «*He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre*».

Con esta frase, él estaba confesando realidades de su propio ser, que eran esencialmente, y por herencia, corrompidas. La siguiente declaración, sin embargo, nos muestra que David no estaba buscando ninguna excusa por su pecado. Pudiéramos pensar que así era, si nos detuviéramos en este versículo; pero, escuchemos el siguiente: «*He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría*».

Este es el otro aspecto de la verdad con respecto a la personalidad. En esta doble afirmación hallamos dos hechos; el primero es el de la naturaleza pecaminosa; pero el segundo es que, si bien somos formados en iniquidad y concebidos en pecado, no constituye eso toda la verdad; porque es igualmente verdadero que en la personalidad hay una luz interior, una demanda de verdad en las honduras del alma, la sabiduría de Dios que es capaz de iluminar.

Súplica por restauración

Y contemplando así su propia personalidad, David hace una nueva petición, rogando por una limpieza completa, en las siguientes palabras: «*Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades*».

Este fue su grito pidiendo limpieza de la corrupción heredada, y restauración de la sensibilidad a la voz de la sabiduría que produce gozo y alegría.

En la tercera estrofa hay una gran petición. David anda buscando «*un corazón limpio*», que es la personificación, en una frase, de todo lo que ya ha pedido: «*un espíritu recto*», que pudiera traducirse de esta otra manera: «un espíritu inmutable».

En la frase: «*Y no quites de mí tu Santo Espíritu*», él está pidiendo el mantenimiento del compañerismo; y en íntima relación con la restauración que ha pedido busca finalmente «el espíritu libre», que es un espíritu completamente sujeto a Dios.

Cada petición fue en el sentido de que Dios hiciera por él lo que ningún otro podía hacer; y todo lo motivaba el deseo ardiente de poder enseñar a los transgresores los caminos de Dios, a fin de que los pecadores fue-

ran convertidos a Él. En esta forma, vio la posibilidad de verse libre de homicidios. La referencia no tiene que ver con la muerte de Urías, sino con el mal que pudiera causar a los demás de cualquier manera.

Publicando la gloria de Dios

La última estrofa se caracteriza porque el salmista deja de pensar en sí mismo: «*Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza*». David buscó que Dios obrara de esa manera en él, a fin de poder estar capacitado para publicar la gloria de Dios; y entendió cuál era la condición para obtener esas bendiciones: un «*corazón contrito y humillado*», o lo que es lo mismo, la supresión del orgullo de la personalidad y la sumisión absoluta a la voluntad de Dios.

Finalmente, se dio cuenta de las vastas consecuencias de lo que estaba deseando para sí mismo: la prosperidad de Sion y la edificación de los muros de Jerusalén.

El salmo entero enfatiza ciertas grandes verdades. La primera es que el pecado, en último análisis, ofende a Dios. Además, destruye la personali-

dad, paraliza la influencia sobre los demás, y es absolutamente incurable por medios humanos.

Revela, además, el hecho permanente de que Dios responde a la confesión del pecado y a la confianza que se deposita en Su misericordia eterna. Cuando un hombre exclama con absoluta sinceridad: «*Pequé contra Jehová*», la respuesta es siempre la misma: «*También Jehová ha remitido tu pecado*».

Tal vez, en cierto sentido, las palabras más importantes del salmo son: «*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí*».

Kirkpatrick cuenta un hecho muy interesante. En cierta ocasión, Voltaire quiso, de una manera irreverente, parodiar este salmo; pero cuando llegó a este ruego, se amedrentó, suspendió su tarea y destruyó su manuscrito. Si esto es cierto o no, lo que es verdad siempre es que el acto de pronunciar esta oración, es algo formidable, y el salmo nos ayuda a ver lo que realmente implica.

De *Los Grandes Capítulos de la Biblia*.

¿Alguna cosa o todo?

Alguien preguntó al evangelista Robert Chapman (1803-1902) si él alentaría a los jóvenes cristianos a hacer alguna cosa para el Señor. «No», fue la respuesta, «yo les aconsejaría dar todo para él».

Á Maturidade

Nuestra vida

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20).

Muchas personas malinterpretan Colosenses 3:4, Filipenses 1:21 y Gálatas 2:20, especialmente los últimos dos. En Filipenses 1, Pablo nos dice: «*Para mí el vivir es Cristo*». Para él, esto es un hecho.

Sin embargo, entre los hijos de Dios hoy en día, hay un gran malentendido. Piensan que esta declaración es una meta a alcanzar. Ellos deben intentar vivir así para poder llegar a la meta. Es un estándar a alcanzar; es su expectativa.

Recordemos, sin embargo, que Pablo no nos está diciendo que «*para mí el vivir es Cristo*» sea su objetivo. No está diciendo que se requiere ir a través de muchos años, pruebas y tratos de Dios antes de poder alcanzar la meta. Lo que él dice es que la razón por la cual él vive es Cristo. Sin Cristo, él no puede vivir en ningún modo. Esto describe su actual condi-

ción, no su objetivo. Este es el secreto de su vida, no su esperanza. Su vida es Cristo; él vive porque Cristo vive en él.

Gálatas 2:20 es otro versículo familiar entre los cristianos. El error que muchos tienen con este versículo es aún más grave que con Filipenses 1. Una vez más, ellos toman este versículo como su objetivo, como su estándar. Ellos oran y esperan llegar a un punto donde puedan declarar: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*».

¿Pero es Gálatas 2:20 una esperanza? ¿Es una meta? ¿Es una norma por alcanzar? Muchos actúan así. Esperan que un día llegarán al lugar donde ellos ya no vivan, sino que Cristo viva en ellos. Este es su blanco. Ellos no perciben es que este es el camino de la victoria de Dios, no una meta o un estándar. No dice qué debería hacer yo para vivir, ni tampoco lo que

yo puedo hacer para vivir. Simplemente dice que Cristo vive en mí.

Gálatas 2:20 no es un estándar o un objetivo. No es algo que esté muy por encima del hombre, para él pueda alcanzarlo ejerciendo todas sus fuerzas. Por el contrario, es el secreto de la vida.

1. Victoria a través de una vida sustitutiva

¿Cuál es el secreto de la vida? Significa que el camino de la victoria no es una meta sino un proceso. No se debe confundir el proceso con el objetivo. Se trata de una maravillosa gracia que Dios nos ha dado. Es una forma en que los derrotados pueden vencer, los inmundos puede ser limpiados, lo común puede llegar a ser santo, lo terrenal puede ser celestial y el carnal puede llegar a ser espiritual. Es un camino, no una meta. El camino se encuentra a través de una vida sustitutiva. Así como Cristo es nuestro sustituto en la muerte, así él es nuestro sustituto en la vida.

Al principio de nuestra vida cristiana, hemos visto cómo el Señor Jesús llevó nuestros pecados en la Cruz, para que por su muerte nosotros fuésemos librados de la muerte, nuestros pecados fuesen perdonados, y ya no fuésemos condenados. Hoy, Pablo me dice que, porque Cristo vive en mí, yo soy liberado de la vida. El significado aquí es simple: puesto que

él vive en mí, yo no necesito vivir. Así como él murió en la Cruz por mí, así ahora él vive en mí, en mi lugar.

Este es el secreto de la victoria. Este es el secreto de Pablo. Él no dice: «Yo espero no necesitar vivir», o «Espero poder dejarlo vivir a él». Él solo dice: «Ya no vivo yo, porque le he dejado vivir a él. Ahora ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí».

Pidamos a Dios que nos ilumine, a fin de ver que el hombre no tiene necesidad de vivir por sí mismo, porque Cristo puede vivir en él. El día en que tú oíste que no necesitas morir, sentiste que este era un gran Evangelio. Ahora, en otro día, estás oyendo que tú no necesitas vivir. Este también es un gran Evangelio.

La muerte es dolorosa, pero, para nosotros, tratar de vivir delante de Dios también es doloroso. La gente como nosotros, que no sabe nada sobre la santidad de Dios, el amor, el Espíritu Santo o la Cruz, ¿cómo puede vivir en la presencia de Dios? Una carga tan pesada es insostenible. Cuanto más vivimos, más suspiramos. Cuanto más vivimos, más frustrados estamos. El evangelio que hoy se te entrega es que tú no necesitas vivir, Dios te ha eximido de la vida. Sin duda, este es un gran Evangelio.

2. No yo, sino Cristo

Así como es una buena noticia que no necesitamos morir, también es

Aquellos que son derrotados, siempre miran dentro de sí mismos; aquellos que creen, miran a la Cruz.

una buena nueva que no necesitamos vivir. Para alguien que se esfuerza en vivir como cristiano, ésta es realmente una tarea agotadora, imposible.

Pedir a una persona impaciente, de mal genio, orgullosa, que viva humildemente, pronto la agotará; ella se desgastará intentando ser humilde. ¡No es de extrañar que el hombre de Romanos 7 estuviese cansado!

«*Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo*» (v. 18). Querer hacer el bien a diario, pero a diario ser incapaz de hacerlo – cuán terriblemente agotador es esto. Entonces, un día se te predica el Evangelio, diciéndote que el Señor no espera que tú hagas el bien. ¡Oh, éste es un gran Evangelio! El Señor no demanda que hagas el bien, ni él quiere que tú quieras hacer el bien. Él quiere venir y vivir en ti. La cuestión no es si hay algún bien, sino quién hace el bien.

Es doloroso para ti tratar de vivir delante de Dios, porque nunca podrás satisfacer sus demandas. Tienes que confesar: «*Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no*

sembraste y recoges donde no esparciste» (Mat. 25:24). Eres totalmente incapaz de responder a las exigencias de Dios.

Por lo tanto, el camino de Dios y su secreto para mí no es pedirme que imite al Señor Jesús, ni entregarme a mí el poder, en respuesta a mi petición de ser como Cristo. El camino de Dios para mí es lo que Pablo expresa: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*».

¿Notas la diferencia? No es una vida imitando a Cristo ni una vida de poder dada; por el contrario, es una vida sustitutiva. Ya no eres tú, porque Dios no te permitirá vivir delante de él. Es Cristo quien vive en ti y permanece ante la presencia de Dios. Por lo tanto, no es imitando a Cristo, ni recibiendo el poder de Cristo, sino dejando que Cristo viva en mí.

Tienes que llegar a este punto: «*No yo, mas Cristo*». Esta es la vida del creyente. Antes, vivía yo, pero no Cristo; ahora, no vivo yo, pero sí Cristo. Si alguien no puede decir: «*No yo, mas Cristo*», no sabe lo que es la fe o la vida cristiana. Es evidente que él está simplemente esperando vivir así, para que sea Cristo y no él. Pero Pablo nos dice que esta no es la vía: la forma es dejar que Cristo viva.

Crucificado con Cristo

En este punto, es muy probable que te preguntes: ¿Cómo puedo salir del camino para que Cristo pueda vivir?

Este es un gran problema. ¿Cómo puede ser: «Ya no yo»? La respuesta se encuentra en la primera parte de Gálatas 2:20: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado*». A menos que esté crucificado, yo no puedo ser removido; a menos que esté crucificado, todavía soy yo. Ya no puedo ser yo, solo si estoy crucificado con Cristo.

Por favor, recuerda: el problema de tu pecado fue resuelto en la Cruz, y en la misma Cruz tú mismo también terminaste. Debemos recordar lo que dice Romanos 6: «*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él*» (v. 6). No es que mi viejo hombre *quiera ser* crucificado con él, sino que *éste ya fue* crucificado con él. No es deseando o esperando. La palabra en griego, muy enfática, es «*fue*», indicando claramente que fui, de una vez y para siempre, de manera absoluta e inmutable, crucificado con él. Puesto que Dios me puso en Cristo, yo morí cuando él murió en la Cruz.

Esto es algo que debes creer. Así como una vez tus ojos fueron abiertos para ver tus pecados puestos en Cristo, así también deben ser abiertos para ver que tu persona fue escondida en Cristo. Tus pecados fueron cargados, tu persona fue crucificada. Este no es tu problema, sino el de Cristo, porque él lo ha hecho por ti. No mires dentro de ti mismo. Tus

pecados ya no están en ti, sino en la Cruz. Así que tu persona ya no está aquí, sino allí en la Cruz.

Aquellos que son derrotados, siempre miran dentro de sí mismos; aquellos que creen, miran a la Cruz. Nuestros pecados están allí, en la Cruz, no aquí; lo interior está también allí, no aquí. Debemos ver que el hombre está en la Cruz, no aquí en nosotros. Esto es lo que ha hecho el Señor. «*Consumado es*». Dios nos puso en Cristo y nos hizo morir con él. Cristo ha muerto, nosotros también hemos muerto.

La vida victoriosa

Ahora declaro que soy una persona crucificada. Si voy a vivir hoy, ya no soy yo quien vive, sino Cristo vive en mí. Yo estoy anulado, pero Cristo ha venido. Este es el camino de la victoria. Esto es lo que Pablo nos ha mostrado. Así es cómo él vive la vida cristiana. ¿Qué es la vida cristiana? Solo esto: que ya no soy yo quien vive, sino que dejo a Cristo vivir por mí.

He estado errado todos estos años: pecador, débil, orgulloso, arruinado, irritable. Pero ahora vengo a la presencia del Señor, diciendo: «Señor, estoy deshecho. A partir de hoy, lavo mis manos de mis propios esfuerzos. Por favor, hazte cargo». Esto es lo que significa: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». «He vivido lo suficiente; estoy harto de la vida. Ahora, Se-

ñor, ¿puedes intentarlo tú, por favor?».

Déjame decirte, es tan simple como eso. La vida victoriosa no es otra que ésta: tú no necesitas vivir. No necesitas agotarte en vivir; solo debes mirar a lo alto y decir: «A partir de ahora, no hago nada más. ¡Vive y manifiéstate tú, Señor!». Y así será hecho.

De aquí en adelante, tú tomas un curso positivo. Puedes orar diciendo: «Señor, acepto que tú seas mi vida. Desde ahora, reconozco a tu Hijo como mi vida. Confieso que para mí el vivir es Cristo». Esta llegará a ser tu vida diaria delante de Dios, con-

fiando en el Señor. «Señor, este es tu negocio, no el mío». Tu tentación no es pecar, sino más bien, es actuar por tu cuenta.

«Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios». ¿Qué significa Cristo viviendo en mí? Simplemente significa que, en adelante, yo vivo en la fe del Hijo de Dios. Todos los días, yo creo que el hijo de Dios vive en mí. «Señor, yo creo que tú vives por mí. Señor, yo creo que tú eres mi vida, y creo que tú vives en mí».

Traducido de *Spiritual Exercise*, Chapter 27
Christian Fellowship Publishers

Tomando posesión de lo nuestro

En Manila, en 1848, murió un comerciante en un viaje de negocios, dejando a su esposa viuda en condiciones muy precarias. Como el matrimonio poseía una pequeña propiedad en Australia, ella escribió a un amigo que moraba allí para que vendiese aquel terreno.

Aquel amigo vendió todo, excepto un retazo de suelo que nadie compró, porque parecía estéril. Sin embargo, años más tarde, fue descubierta allí una mina de oro, cuya producción fue suficiente para remover la ansiedad del corazón de su dueña.

La viuda tuvo aquella posesión durante todo el tiempo. El oro estuvo siempre allí, en el subsuelo. Pero, hasta aparecer el metal precioso, era como si no existiese. Finalmente, ella entró en posesión de su riqueza, y esto hizo una enorme diferencia en su vida.

Nosotros poseemos todo el oro celestial, en el Señor Jesús, pero es posible que una gran parte de esa veta inagotable no haya sido percibida ni tocada, ni utilizada en nuestra vida. ¡Qué gloriosa diferencia hay cuando descubrimos lo antiguo y lo eterno de manera que lo hace nuevo para nosotros, y tomamos posesión de aquello que nos pertenece!

H.C.G. Moule

FAMILIA

Hacia un testimonio vivo del evangelio en medio de un mundo corrompido.

La familia según el corazón de Dios

Luiz Fontes

Lectura: Juan 2:1-12.

En este pasaje vemos el inicio del ministerio de nuestro Señor Jesús. Y hay algo que nos llama la atención: Jesús inició su ministerio en una boda. ¿Te has detenido a pensar en eso?

Significado del matrimonio según Dios

En el libro de Génesis, vemos que Dios creó todas las cosas. En el sexto día, Dios creó al hombre. Esto es muy significativo. Cuando Dios tuvo a aquel hombre, Adán y Eva, como un hombre corporativo, constituido por el marido y la esposa, él les dio una responsabilidad. Aquel matrimonio expresaba el gobierno y la autoridad de Dios sobre la creación.

En el libro de Génesis, tenemos la creación y luego la caída. Y aquí tenemos el inicio de la gran restauración de Dios, en el ministerio de Cristo. Cristo es el hombre según el cora-

zón de Dios, el único realmente capaz de expresar a Dios. Hay algo significativo sobre su ministerio: todo lo que él hizo, todo lo que él enseñó, todas sus acciones, constituyen las cosas más profundas en la palabra de Dios.

Nada en la vida y en el ministerio de Cristo es simple. Por más simple que nosotros lo juzguemos, existe una profundidad a veces humanamente indescriptible. Necesitamos del Espíritu Santo en una porción doble, para que nos ayude a discernir las profundidades de la persona y de la obra del Señor Jesús.

En el capítulo 2 del evangelio de Juan, tenemos al Señor Jesús iniciando su ministerio en una boda. Tenemos que extraer cada lección de este episodio. Nunca habrá un matrimonio que pueda expresar a Dios, su mente, su gobierno, si el Señor Jesús no está in-

cluido en él. La idea del matrimonio es algo que procede de Dios.

Reconociendo el fracaso

Tú puedes pensar que no estás casado con la persona correcta; puedes sentirte muy frustrado en tu matrimonio. Eres un hombre salvo, o una mujer salva, y puedes enfrentar algunas crisis interiores. Pero esas crisis están en la carne, y no son de Dios.

Si crees tener un matrimonio enfermo, tu problema solo puede ser solucionado con la interpretación de este episodio. La cuestión no es si estás o no con la persona correcta. El asunto es: ¿Está Jesús en tu matrimonio? ¿Ocupa él un lugar central? La pregunta correcta es: ¿Está Jesús en mi matrimonio? Porque siempre pensamos en el matrimonio, en primer lugar, en relación a nosotros.

Si asociamos las bodas de Génesis capítulo 2 y de Juan capítulo 2, descubriremos un principio. El matrimonio tiene que ver primeramente con el propósito de Dios, y no con nuestra satisfacción personal. Cuando nuestra satisfacción es colocada por delante del propósito de Dios, con absoluta certeza, fracasaremos.

El problema de los fracasos conyugales no es aquello que se consuma en el divorcio. El gran dilema hoy es que muchos matrimonios, aunque no estén divorciados, están emocional y espiritualmente separados. Están dis-

tantes dentro de la misma casa. El amor ya se fue; la satisfacción, la alegría y el placer cesaron. Esto es muy triste, y la cantidad de personas que viven de esta forma es grande.

No sirve el leer libros, ni consultar al psicólogo. No estamos contra los psicólogos. Nada de eso. No estamos hablando de psicología, sino de asuntos espirituales. Estamos hablando del propósito eterno de Dios, de la visión de Dios en la familia. Tenemos que hacer preguntas esenciales. ¿Está el Señor Jesús en mi matrimonio?

Cuando el vino se acaba

Veán que, en esta historia, ocurrió una crisis. El vino se acabó. El vino tiene un significado espiritual. Por un lado, significa la sangre del Señor Jesús (Lucas 22 y 1 Corintios 11), y nos habla también de alegría.

¿Qué significa: «*No tienen vino*»? Desde el punto de vista espiritual, se acabó la alegría en el matrimonio. Tal vez ésta sea una de las cuestiones cruciales de nuestra vida. Posiblemente a muchos cónyuges se les acabó el vino. La esposa perdió la alegría en su esposo; el esposo ya no halla placer en su esposa. Esta es una situación muy crítica. Un matrimonio así, está al borde del precipicio.

Debemos ser cuidadosos, pues Satanás tiene un gran interés en destruir la familia. ¿Cuál es su propósito al perseguir a la familia? Su blanco prin-

cial no es el matrimonio, sino atentar de hecho contra el propósito eterno de Dios.

Si miramos hacia Génesis, y también al ministerio del Señor Jesús, el matrimonio es un asunto de Dios, y es algo fundamental para entender la vida de iglesia. No hay un lugar donde podamos vivir de manera más elevada la vida de iglesia que en nuestro matrimonio.

Si queremos vivir la vida de iglesia en la reunión, ésta debe ser la expresión de aquello que vivimos en el hogar. Hay muchos temas cristianos que compartimos a la iglesia, y pensamos que esas realidades espirituales van a ocurrir en la reunión de iglesia. Al hablar de apresurar el regreso del Señor, creemos que esto se dará en las reuniones. Pero, ¿cuándo nosotros empezamos a apresurar su regreso? Dentro de nuestras propias casas, en nuestro matrimonio.

Al hablar de avivamiento, suponemos que éste comenzará en las reuniones, pero no es así; éste debe comenzar en nuestros hogares, en nuestros relacionamientos más íntimos, entre los cónyuges, con los hijos.

Si hablamos de comunión, ¿la esencia de ella está en las reuniones de iglesia? No. Las reuniones de iglesia son un reflejo de la comunión. Pero la base de ella está en el matrimonio y en el relacionamiento con los hijos.

Si podemos decir que la iglesia está enferma, es porque los matrimonios están enfermos. Todo fracaso de una comunidad local tiene sus raíces en las relaciones conyugales. Para que la iglesia sea realmente tal, ella debe ser una familia. Y para que una familia sea esencialmente una familia, ella tiene que ser iglesia. La iglesia es una cuestión de familia. Debemos valorar seriamente esto; porque, por desgracia, muchos no han despertado a ello.

Hay una profunda tristeza en el corazón de Dios, al ver que la crisis espiritual de su iglesia refleja nuestra crisis conyugal. Si no volvemos el corazón a las palabras de Juan 2, jamás sabremos lo que realmente está aconteciendo.

Invitando a Jesús

Observemos algunos puntos. «*Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús...*». Jesús fue convidado. Esta no es una invitación cualquiera. Es la mayor invitación que tú, como esposo o como esposa, puedes hacer.

Marido, tú necesitas convidar a Jesús para tomar el lugar central de tu matrimonio. Porque tú eres incapaz de amar a tu esposa. ¿Cómo es que Pablo en Efesios 5:25 dice a los maridos que deben amar a sus esposas? «*Como Cristo amó a la iglesia*». Ma-

rido, ¿realmente amas a tu esposa de la misma manera que Cristo amó a la iglesia? ¿Cómo amó Cristo a la iglesia? Él se dio por ella. ¿Te has dado tú por tu esposa?

Uno de los mayores problemas que los hombres están enfrentando en estos momentos es la pornografía. Muchos están esclavizados por eso. Ha sido la batalla de todo hombre, porque existe un apelo pernicioso esparcido por todas las redes. Donde vayas mirando, aparece este llamado inmoral, corrompiendo los pensamientos y los deseos.

Ahora, imagina que, por un lado, existe una guerra terrible en nuestros pensamientos, en nuestros ojos, en nuestros oídos. Ellos están siendo bombardeados todo el tiempo. ¿Cómo consigues sobrevivir dentro de este contexto? Necesitamos ir a los pies del Señor y clamar por socorro. No es solo pedir perdón por la reiteración de un pecado; necesitamos ser liberados, necesitamos de una intervención divina. Sin embargo, por sobre todo, debemos reconocer nuestra incapacidad, y querer ser ayudados por el Espíritu Santo en esta batalla terrible.

Como Cristo amó a la iglesia

Volvamos a la pregunta. ¿Amo a mi esposa así como Cristo amó a la iglesia? ¿Es verdadero mi amor? ¿Encuentro satisfacción en ella? Este es

un punto muy importante. Hay aquí una profunda exhortación del Señor para nosotros.

«Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Ef. 5:25). Su entrega significa que él no esperaba nada de ella. Este es un punto neurálgico en la vida de los hombres. Aquello que llamamos amor por nuestra esposa, indica que siempre esperamos recibir algo a cambio. Y éste es un amor erotizado, un amor corrompido, un amor carnal. Solo amamos en la medida en que nosotros mismos estamos satisfechos.

Podemos decir que solo amamos porque queremos a nuestra propia carne agradada. Pero ése no es el amor de Cristo. Él se dio totalmente por su iglesia. Cuando él se entregó por ella, ella no lo amaba. El amor suyo es un amor absoluto. ¿Quién de nosotros, los hombres, tiene ese amor?

Por esta razón, necesitamos invitarle a él a ser parte de nuestra relación conyugal. Si Cristo no entra en nuestro matrimonio, jamás estaremos habilitados para amar a nuestras esposas. Yo no puedo amar a mi esposa de manera verdadera y pura, si el Señor Jesús no tiene el control de mis emociones.

Este es un asunto delicado. Generalmente, los hombres no admitimos ese fracaso interior. Si han experimentado esto, ustedes saben muy

bien lo que estoy diciendo. El amor es algo fundamental para que el matrimonio pueda marchar de forma saludable. ¿Y cómo es posible esto? Si Cristo ocupa el lugar esencial.

Quiero hablar de manera práctica. Eso significa que tú, como marido, necesitas, en primer lugar, tener un relacionamiento serio con Cristo. Del punto de vista práctico, necesitas relacionarte con él, como esposo, reconociendo tu incapacidad de amar.

Necesitas ir a los pies del Señor y pedirle que él llene tu vida de su gracia y su poder. Que él te habilite con el carácter de este Esposo que él es, con ese amor que él tiene. Que él te capacite para amar a tu esposa como él ama a su iglesia. Solo de esta manera podremos vivir la realidad de aquello que Pablo describe.

La dignidad de la mujer

Y, si hoy la cuestión de la pornografía ha sido un factor de deterioro en la vida de muchos hombres, la cuestión de la auto independencia y de la vanidad personal ha corroído el corazón de muchas mujeres.

El énfasis feminista en nuestra sociedad, ha hecho que la mujer, en los últimos años, procure vivir de manera independiente. Esta es una idea maligna, porque intenta posicionar a la mujer en un rol al cual no ha sido llamada. La idea por detrás del movimiento feminista es corregir errores

El avivamiento debe comenzar en nuestros hogares, con nuestros relacionamientos más íntimos, entre los cónyuges, con los hijos.

desastrosos sufridos por las mujeres en el pasado. La mujer, en muchas culturas, fue vista como un ser de segunda categoría. En diferentes tiempos y lugares, ese fue un hecho notorio. Las mujeres no tenían voz activa, ni derechos mínimos.

¿Y cuándo fue que eso cambió? No fue hace veinte años atrás. Hoy se está intentando corregir problemas históricos. Pero, ¿sabes quién corrigió ese problema? El Señor Jesús. ¿Cómo? El día en que él resucitó.

¿Cuál ha sido el mayor mensaje predicado hasta hoy? ¿Quién predicó el mayor mensaje en la historia de la humanidad? Una mujer, María Magdalena. Jesús le entregó a ella el mensaje de las buenas nuevas. ¿Y quién creyó en el testimonio de aquella mujer? Ella fue donde estaban los discípulos y les anunció que Jesús había resucitado, pero nadie le creyó.

Pero el Señor no permitió que su mensaje cayese por tierra. Él fue a ellos, y confirmó con su presencia aquello que la mujer predicó. Lo que

Jesús hizo, lo que él habló, confunde la mente de los especialistas, dejando a los científicos de cabeza y a los religiosos en desesperación.

Si el anuncio de la resurrección es el mayor mensaje que se ha predicado, si el Señor es la sabiduría personificada, podríamos pensar, humanamente, que él escogería a la persona más hábil y más creíble para entregar este gran mensaje. Sin embargo, él tomó a una mujer de pasado oscuro, que en otro tiempo había sido esclava de Satanás.

Desde el punto de vista social, cultural y religioso, ella no tenía ningún peso. Pero el Señor toma a esa mujer, la transforma, y le da un mensaje para difundir. Él colocó a la mujer en una posición social y espiritual por encima de todas las culturas. No fue el movimiento feminista; el Señor Jesús le dio a ella un lugar destacado en su ministerio.

Definiendo los roles

El Señor no puso a la mujer para ser cabeza. No obstante, el hecho de que él haya puesto al hombre para ser cabeza, no es para que éste asuma la función de control o supremacía. Ser cabeza de la mujer es, en primer lugar, una posición espiritual, que no está relacionada con la posición del hombre ante las personas. En primer lugar, su posición tiene relación con el rol del hombre delante de Dios. De

nada sirve al hombre decir: «Yo soy cabeza de esta casa», si delante del trono de Dios él es un oprobio, si él desconoce el eterno propósito de Dios.

Volvamos a Génesis. Dios creó a la mujer para que ella fuese una ayuda idónea. Si creemos que es, en primer lugar, una ayudadora para el hombre, minimizamos su rol en el propósito eterno de Dios. Mas, si entendemos que ella es, en primer lugar, cooperadora de Dios, entenderemos cuál es su papel según el propósito de Dios.

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, de ambos, él hizo una sola carne. Dice Dios por boca de Pablo: *«Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia»*. Al hablar de Cristo y la iglesia, ¿qué tenemos? Un nuevo hombre, cuya cabeza está delante de Dios y cuyo cuerpo está en la tierra.

¿Es la iglesia el cuerpo de Cristo? ¿El rol de la iglesia es inferior a la obra de Cristo? No. El papel de la iglesia es la continuidad de la obra de Cristo. ¿Y cuál es el papel de la mujer? La continuidad de la obra del hombre. No es inferior, ni superior. Dios no puso a la mujer en un lugar secundario. Esto requiere ser corregido.

El conflicto de la sujeción

Por causa del feminismo, existen muchos posicionamientos inconsistentes de las mujeres. Ellas no ad-

miten esto, pero están asumiendo un papel que Dios no les ha dado. Ellas se están colocando por delante del hombre. Cuando la Biblia habla sobre la sumisión de la mujer, dice: «*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor*» (Ef. 5:22). La sumisión de la mujer, en primer lugar, está asociada con el propósito eterno de Dios.

La mujer, según Dios, no es inferior al hombre, y el hombre, según el propósito divino, no está por sobre la mujer. Ambos son una sola carne; pero la Biblia nos muestra que ellos tienen papeles bien definidos.

El peligro es cuando las mujeres piensan que su papel es inferior. Y muchas hermanas, hoy, están viviendo según el curso de este mundo, insumisas. La insumisión es rebelión, ¡es un pecado! «*Porque como pecado de adivinación es la rebelión*» (1 Sam. 15:23). La Biblia dice que la rebelión es como el pecado de adivinación o hechicería. El mismo espíritu que desagradó a Dios en la hechicería, es el espíritu de rebelión.

La insumisión no es contra el marido, sino contra Dios. Esto es serio. Si el varón no ama a su mujer como Cristo ama a la iglesia, está en desobediencia a la palabra de Dios, está en pecado. Si una esposa no acepta la sumisión, está en rebelión, y eso es pecado. Esto causa apostasía en la

iglesia. La vida conyugal se refleja en la vida congregacional.

Si el Señor no está en el control de nuestro matrimonio, ¡cuántos pecados graves estamos cometiendo! Partimos el pan, tenemos comunión; sin embargo, somos superficiales. Hablamos de cosas santas, practicamos cosas santas, pero sin vida interior. Hacemos todo de manera automática. Eso es religiosidad. ¿Cómo viviremos un avivamiento? ¿Cómo disfrutaremos de las profundidades de Cristo, viviendo un matrimonio enfermo, sin amor y sin sumisión?

Hemos dicho que la iglesia está fría, que los hermanos no oran. ¿Dónde hallaremos la respuesta para eso? No tiene sentido que analicemos las reuniones. Al observar de una manera más microscópica, veremos que todo comienza en nuestro matrimonio. Veamos algunos detalles.

«*Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino*» (Juan 2:3). Como ya dijimos, el vino es figura del gozo. El vino se acabó. ¿Podrías hoy decir, humildemente, que la alegría de tu matrimonio ha terminado?

¿Saben lo que ha ocurrido? Cuando hablamos del posicionamiento correcto de la mujer en el matrimonio y el comportamiento inadecuado del esposo, ¿cuál es el problema en ambos casos? En el hombre es la falta de amor, y en la mujer, la insumisión.

No hay un lugar donde podamos vivir de manera más elevada la vida de iglesia que en nuestro matrimonio.

Mucho de aquello que vemos en la vida del hombre tiene relación con la corrupción de la mente, principalmente por la pornografía, que es hoy estimulada abiertamente. Y en el caso de la mujer, tenemos la rebelión, el feminismo, el culto al cuerpo y una preocupación excesiva con ella misma.

Exaltando a Cristo

Puede ser que yo esté equivocado, pero existe un problema pequeño, mas sutil y peligroso. Cuando dos personas van a contraer matrimonio, organizan una fiesta. La novia se pone muy bella. Ellos quieren mostrar su amor a todo el mundo. Todos se reúnen, y la novia es la figura central de aquel gran acontecimiento. No juzgo a nadie, pero me pregunto: ¿No estaremos siguiendo el modelo errado? ¿Hemos pensado que la figura central no es la novia? ¿No será que el día de la boda es una oportunidad de exaltar a Cristo?

En Juan capítulo 2, la fiesta no comienza con la novia, sino con Jesús siendo convidado. No estoy critican-

do a nadie, porque todos lo hemos hecho así. Partimos equivocados, pero estamos a tiempo de reflexionar. Tras la luna de miel, todo cambia. Generalmente es así. Las personas no crecen en el matrimonio, sino que comienzan a descender a un abismo de discusiones y peleas. No cultivamos las virtudes de Cristo para expresarlas en el matrimonio.

Un amigo me dijo: «Solo después que me casé, descubrí el demonio que soy. Vi cuánto pecado había en mi vida. Recién supe que estaba yendo al infierno». No es que su matrimonio fuera un infierno, sino que él descubrió que era capaz de expresar amor a muchos, menos a su esposa. No podía amar, ni ser humilde, no tenía paciencia, era incapaz de perdonar. Él tomó los nueve frutos del Espíritu, los aplicó a su matrimonio, y fue reprobado en todos.

En el matrimonio encontramos nuestro espejo espiritual. ¿Sabes dónde verás el crecimiento de Cristo en tu vida? No en la reunión de iglesia, sino viviendo el matrimonio todos los días. Ahí verás cuánto has crecido en la vida cristiana, cuánto Cristo ha crecido en tu vida.

¿Quieres saber cuánto de Cristo está siendo formado en ti? Mira hacia tu esposa, o hacia tu marido. Ella podrá decir realmente: «Este es un hombre de Dios», o él: «Esta es una mujer de Dios». El matrimonio es el baróme-

tro de nuestra vida espiritual, de nuestro relacionamiento con Dios. Si quieres hacer una evaluación de tu vida espiritual, comienza a analizarla, primero, dentro de tu matrimonio. Esto es algo sumamente serio.

La centralidad de la Palabra

«Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere. Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba» (Juan 2:5-7). Aquí hay otro principio importante. Estas tinajas hablan de nuestra vida. *«Llenad estas tinajas de agua»*. El versículo 5 dice: *«Haced todo lo que os dijere»*.

¿Cómo podemos mantener la alegría en el matrimonio? *«Haced todo lo que os dijere»*. ¿Estamos dispuestos a someternos totalmente a lo que el Señor nos está hablando? ¿Es Cristo el modelo de tu matrimonio? Si lo que Cristo te dice, si aquello que está en la Palabra no llena tu corazón ni gobierna tus sentimientos, por desgracia, no existe otra alternativa para ti. De nada te servirá una terapia matrimonial si permaneces indiferente, y peor aún, en desobediencia a la Palabra del Señor.

Solo existe un principio para que el matrimonio sea restaurado. Los dos,

marido y mujer necesitan someterse a las palabras de Cristo. El principio del versículo 5 está en perfecta armonía con el versículo 7. Las tinajas fueron llenas de agua. ¿Qué significa el agua? El *«lavamiento del agua por la palabra»*, el ministerio y la vida de la palabra. ¡Cuán importante es esto! Los principios para el matrimonio no están en ningún manual; son los principios de la palabra de Dios.

Una persona incrédula puede estar casada, pero nunca vivirá el propósito de Dios en su relación. Toda la alegría que ellos disfrutaban, tiene como objetivo ellos mismos. Pero nosotros no. Nuestro matrimonio tiene a Dios como propósito, de tal manera que podemos experimentar algo que ellos nunca podrán conocer.

Nuestro matrimonio está íntimamente ligado con la obra de Dios, con la voluntad y con el propósito eterno de Dios. El matrimonio cristiano es algo santo. Entonces, ¿cómo podemos mantener este vínculo sagrado? Permitiendo que la palabra de Dios llene nuestros corazones.

¿Cómo los hombres podrán vencer las dificultades de su carne? ¿Cómo las mujeres podrán vencer el culto a su cuerpo y la vanidad personal? Permitiendo, ambos, que la palabra de Dios gobierne sus vidas. Nuestra oración hoy, maridos y esposas, es que Dios nos llene de su palabra.

¿Cómo se explica el caso de los matrimonios cristianos que están viviendo frustración, desánimo e infelicidad? Es porque no están viviendo bajo el gobierno de la Palabra. De manera práctica, la palabra de Dios no tiene un lugar central en sus vidas. Han ocupado su tiempo en cosas banales, y han perdido la comunión con la Palabra. Es triste, porque eso se refleja en la vida personal, conyugal y familiar.

Rescatando a los hijos

Muchos padres enfrentan una lucha terrible con este mundo, en relación a sus hijos. Esta generación está viviendo algo serio y delicado, en especial por el cambio operado por el mundo virtual. Años atrás, conocíamos el mundo natural y el mundo espiritual. Hoy se ha agregado el mundo virtual. Y parece que, todo lo que concierne a la obra de las tinieblas, en estos días, está bajo la influencia de este mundo virtual.

Una de las grandes crisis familiares de este tiempo es el hecho de que muchos hijos de padres creyentes han abandonado la fe. Hay matrimonios que lloran por sus hijos, preguntándose dónde fue que ellos erraron como padres. Este es un problema generalizado hoy en la iglesia.

Aún más, hay padres preocupados porque algunos hijos que han salido de la casa, han dejado de reunirse.

Entonces, asumen que el problema son los hijos que no se reúnen. Pero, recuerden al padre del hijo pródigo. Él no tenía un hijo perdido, sino dos. Uno, perdido fuera de casa, malgastando lo que su padre le había dado; pero el otro estaba perdido dentro de la casa, no disfrutando de nada de aquello que poseía.

Los padres cuyos hijos han dejado la vida cristiana, lloran por esta causa. Lo curioso es que muchos padres no ven a aquellos hijos que están espiritualmente muertos dentro de la vida de la iglesia. Eso es un hecho. Pero quiero decirle a esos padres que su gran objetivo, en este preciso momento, no es quedarse preguntando en qué se equivocaron con respecto a sus hijos.

La base para que puedas descansar es restaurar tu matrimonio, tomando estos principios y buscando delante del Señor una vida conyugal donde él tenga total satisfacción. Si él encuentra satisfacción en tu matrimonio, tus hijos podrán estar fuera, pero tú irás delante del Señor por la vida de ellos. Allí experimentarás algo grande: «*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa*» (Hech. 16:31).

Otro punto importante. ¿Recuerdas cuando Dios salvó a Lot por amor a Abraham? Dios salvará a tu hijo o a tu hija, por amor a ti. Porque tu gran problema no es el hijo o la hija perdi-

dos, sino un matrimonio que no tiene el gozo de Cristo, donde Cristo no tiene la primacía, donde la palabra de Dios no tiene centralidad. Esto es algo muy serio, que está ocurriendo delante de nuestros ojos, y tenemos que ir a los pies del Señor por ello.

La base del avivamiento

Necesitamos esto con urgencia. No es solo una cuestión de familia, sino de la iglesia. Si queremos apresurar el regreso del Señor, hemos de comenzar en nuestro hogar. Si creemos que en estos últimos tiempos, antes de su regreso, el Señor traerá un gran avivamiento a la tierra, debemos entender que esto debe tener su punto de partida en nuestras casas.

Este avivamiento tiene que ver con la restauración del papel del hombre y el papel de la mujer, y tiene que ver con nuestros hijos. Dios volverá el corazón de los padres a los hijos y el corazón de los hijos a los padres. Esto es muy importante. Dios va a hacer esto en este tiempo.

Por eso, si nos quedamos acomodados, si los maridos siguen solo viendo los problemas, si las esposas solo miran el matrimonio frío y lleno de diferencias, sin solución, haciendo del matrimonio un campo de batalla, petrificados en nuestras emociones, perdiendo toda sensibilidad, con toda certeza, veremos que la batalla está perdida.

Si crees que tu cónyuge no cambiará, que ya no hay solución, estás a contramano de lo que Dios quiere hacer. Entonces, no tienes un problema conyugal, sino un serio problema espiritual. Ten conciencia de esto.

El padre de familia

Tenemos que volver a los modelos de la palabra de Dios, donde la mujer debe cumplir su rol como mujer, como esposa y como madre. «*La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba*» (Prov. 14:1). Un hogar donde el hombre cumple su papel como sacerdote. Muchos maridos han perdido esta función espiritual dentro de su casa, ignorando que les ha sido dada una función sacerdotal delante de Dios sobre su hogar.

¡Cuántos han perdido su vocación de marido y de padre delante de Dios! Muchos varones están simplemente acomodados en su hogar. Llegan cansados, ya no oran por su familia. Se recuestan en su sofá, y están todo el tiempo pendientes del televisor o el celular, omitiendo orar por su esposa y por sus hijos.

El marido es aquel pastor que tiene el cayado para conducir, la vara para disciplinar, no para maltratar. Aquel que tiene una palabra de vida, que reprueba el error, trayendo a su familia el temor de Dios. Es un hombre que está delante de Dios como sacer-

dote. Él también ejerce un papel profético, y solo puede ser un hombre según el corazón de Dios cuando tiene discernimiento, aunque la esposa pueda contradecir o los hijos desobedezcan. Él es un sacerdote, un pastor, un profeta, un maestro.

¿Qué están aprendiendo hoy los hijos? Muchos padres no les están enseñando cosas esenciales; están descuidando la formación del carácter moral y espiritual, entregando a sus hijos a la influencia de los medios electrónicos. Por desgracia, esta es una gran tragedia familiar.

¿Cómo vamos a vivir en una familia según el corazón de Dios, si los hombres están acomodados en la vida mundana, y las esposas, esclavizadas por la vanidad o por el feminismo inconsciente, luchan por asumir el rol del hombre en la sociedad y en la familia? Esto tiene que ver con la degradación que está corroyendo al mundo hoy.

Nuestra batalla

Somos testigos del cambio social de estos últimos tiempos. Por ejemplo, hay hermanos afligidos por el asunto de la ideología de género. Pero pregunto: ¿Alguien de nosotros tiene esperanzas en este mundo? ¿Ustedes creen que si hubiera o no hubiera ideología de género aprobada por un congreso, las personas van a ser mejores? ¿Creen que, si no fuese insti-

tuida la ideología de género, las personas dejarán de ser corruptas?

Muchos pastores han asumido una posición frontal en esta guerra, y están luchando para que estas cosas no acontezcan. Y batallan mucho, pero no consiguen nada. ¿Por qué no consiguen nada? Porque esta no es una cuestión político social, sino un asunto espiritual. El mundo se corromperá más y más.

Durante más de veinte años, yo trabajé con niños abusados. Conozco muy bien lo que significa la pedofilia. Esta es una de las mayores cosas sin sentido, porque en realidad, aquellas cosas son aprobadas de manera oculta. Dejé de trabajar allí, porque las propias leyes del país eran contrarias a estas labores.

Quiero reiterarlo: ésta no es nuestra guerra. Lo digo con tristeza. No tiene sentido batallar contra la ideología de género, porque el mundo entrará en una degradación aún peor. ¿Y cuál será el próximo paso? La unión de hombres con animales. Una persona se va a casar con su perro. Y la gente creará que aquello está bien, y que lo que cuenta es el amor. Parece una locura, pero hacia allá va la sociedad.

Nuestra bandera

Y nosotros, ¿vamos a levantar bandera contra aquello? No. ¿Saben cuál es nuestra bandera? Esto que hemos predicado. Un día, la gente verá al

mundo caminando hacia esa locura. Pero, al mirar hacia tu hogar, verán que tu matrimonio es la mayor proclamación del evangelio en medio de esta degradación, y este mundo les producirá náuseas.

Una minoría irá avanzando en esa degradación social y moral, mientras otros mirarán hacia nosotros, y verán que existe un vino que no se acaba, una alegría que no se extingue. Ésta es nuestra bandera. Que Dios gane en

nuestras familias, que ellas sean una realidad de la iglesia. Que el evangelio sea predicado, no a partir de un púlpito, sino a partir de nuestros hogares. Mucha gente tiene una casa, pero no un hogar. Esa es la diferencia entre un incrédulo y un creyente. Para aquél, su matrimonio puede ser su casa; pero solo un cristiano puede realmente edificar un hogar. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en mayo de 2017.

En los brazos de Jesús

El doctor John Paton, de Nuevas Hébridas, cercado por salvajes que buscaban matarle, cuenta: «Me subí a un árbol y me quedé allí callado. Las horas que pasé allí están en mi memoria como si fuese ayer. Podía oír las continuas descargas de mosquetes y los gritos de los salvajes. Aun así, me senté entre las ramas seguro, como en los brazos de Jesús. Nunca, en todas mis aflicciones, llegó mi Señor más cerca de mí y habló más suavemente a mi alma, que cuando la luz de la luna centelleó por entre las hojas de aquel castaño, y la brisa de la noche se agitó en mi frente palpitante, mientras derramaba todo mi corazón a Jesús. Solo, pero no desamparado. Si, de esa forma, tu alma fuese lanzada, completamente sola, a medianoche, al abrazo de la muerte misma, ¿tendrías, entonces, a ese amigo que no falla?».

Sepultando el pasado

En el día de la abolición de la esclavitud en Jamaica (1838), fue construida una urna de caoba y fue cavada una fosa. Los esclavos libertados llenaron la urna con varias reliquias y vestigios de su vida anterior. Allí fueron depositados los látigos, los instrumentos de tortura, los grilletes, los vestidos, y luego cerraron la tapa. A la medianoche, la urna fue bajada al sepulcro, y luego una multitud de millares de esclavos celebró su liberación del cautiverio con un cántico. Este es un cuadro del pasado sepultado del cristiano. *«Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo»* (Rom. 6:4).

Á Maturidade

Cartas de nuestros lectores

Internet

Gracias por enviarme la revista. Junto a hermanos de Estados Unidos y México, con los cuales tengo comunión vía Internet, estamos muy agradecidos del Señor, por su amor para con nosotros, y también por tener acceso a la página Aguas Vivas de forma gratuita, bajando los audios y todo lo que el Señor está hablando a la iglesia por medio de ustedes, y también en cada lugar de reunión donde se alaba el nombre del Señor con corazón sincero. Muchísimas gracias a todos los hermanos. Espero pronto tener la dicha de poder visitarles y conocerles personalmente.

Alejandra Sepúlveda (España).

Un oasis

Quiero agradecerles el envío de la revista Aguas Vivas. Gracias a quienes hacen posible el envío, y también a cada uno de los escritores de los artículos que, sin duda, son de gran edificación a quienes servimos en una congregación. Siempre es como un oasis en el desierto, y sobre todo con mucha destreza, cada artículo es planteado de manera fiel y apegada a las Escrituras.

Alfonso Herrera (México).

Comunión

Los tiempos de comunión que disfrutamos junto a los hermanos de Chile estarán siempre en nuestros corazones porque marcaron nuestras vidas de manera gloriosa. Cada vez que nos llega la revista Aguas Vivas agradecemos a Dios por su fidelidad, edición tras edición. Nosotros continuamos contribuyendo con la extensión del reino de Dios en nuestra amada isla y viendo a Dios obrar de manera preciosa. Estamos deseosos de volver a verlos y disfrutar juntos al Señor. Los recordamos llenos de cariño y nostalgia.

Leo y Ana (Cuba).

Canciones

Buscando, en Internet, canciones que nos permitan acercarnos a Dios, llegamos a la página de Aguas Vivas. Me fue de mucha bendición. Luego encontré el himnario, fotocopiamos las canciones y las repartimos a los hermanos para que las aprendieran. Ahora tendremos más para edificar parte del cuerpo de Cristo por estos lugares, almas necesitadas del Salvador. Gracias por estar firmes en la fe, dando frutos que llegan hasta aquí.

David La Madrid Romero (Bolivia).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 87 · Julio - Agosto - Septiembre 2017.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.